

LA INFLUENCIA DE LOS ESPAÑOLES
EN LA FLORIDA

Tesis que presenta el alumno

CLYDE G. BUSHNELL

para optar al grado de

"Maestro en Artes en Español"

UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO

ESCUELA DE VERANO

México, D. F.

1 9 4 8

- - - -



BIBLIOTECA SIMON BOLIVAR
CENTRO DE ENSEÑANZA
PARA EXTRANJEROS



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.



BIBLIOTECA SIMÓN BOLÍVAR
CENTRO DE ENSEÑANZA
PARA EXTRANJEROS

XN48

B8

ej.2

Cariñosamente dedico
esta tesis a mi esposa e
hijos.

Con mi más sincero agradeci-
miento a mi consejero señor Prof.
Arturo Arnáez y Freg, al Prof. Anto-
nio Alarcón, a la señorita Rosa -
Stephenson y a mis profesores de la
Escuela de Verano y de la Facultad
de Filosofía y Letras.

00145



BIBLIOTECA SIMON BOLIVAR
CENTRO DE ENSEÑANZA
PARA EXTRANJEROS

BIBLIOGRAFIA

1. Historia Natural y Moral de las Indias
Padre Acosta
Madrid---Pantaleón Aznar 2 v. 12 o.
2. Colonial Records of Spanish Florida 2 volumes
Letters and Reports of Governors and Secular Persons,
1570-1577
Publications of the Florida State Historical (Deland, Fla., 1925)
Connor, Jeanette Thurber (editor and translator)
3. The Spanish Settlements within the Present Limits of
the United States 2 volumes. New York, 1911.
Lowery, Woodbury
4. Biografía del Caribe
Casa Editorial Sudamericana de Buenos Aires
Arciniegas, Germán
5. Florida, Land of Change
University of N. Carolina Press 1941
Abbey, Florence Trimmer
6. History of Jacksonville, Florida
Fla. Historical Society
Davis, T. Frederick
7. Story of Florida Volume 1
American Historical Society New York 1938
Cash, William T.
8. The Defense of Spanish Florida
Carnegie Institution of Washington Publications 511 1941
Chatelain, Verne Elmo
9. Historia de las Indias 2 v. 4 o.
Imp. y Lit. de Iraneo Paz 1870
Las Casas
10. The Mangrove Coast
Coward McCann Inc. New York
Bickel, Karl A.
11. The St. Johns
Farrar and Rinehart Inc. New York
Cable, James Branch and Hanna, A. J.

12. Palmetto Country
Duell, Sloan and Pearce New York
Kennedy, Stetson
13. The History of America
J. G. Shea (John Gilmary Shea)
14. Memoir of D. d'Escalante Fontaneda respecting Florida
Written in Spain about the year 1575
Translated from the Spanish by
Smith, Buckingham (1854) Glade House
Coral Gables, Fla. 1945
15. The Romance of the Floridas
Bruce Publishing Co. 1934
Kenny, Padre Michael
16. "Tequesta", Journal of the Historical Association of So.
Florida 1946
(publicado anualmente por la Universidad de Miami)
Redactor: Charlton W. Tebeau
17. Pirates and Treasure Trove of South Florida

Glade House Coral Gables, Fla. 1946
True, David O.
18. Pedro Menéndez de Avilés, Adelantado, Governor and
Captain-General of Florida. Memorial by Gonzalo Solis
de Meras

Florida State Historical Society, DeLand 1923

Connor, Jeanette Thurber
19. Documentos para la Historia de la Florida
Smith, Buckingham 1857
20. El Adelantado Pedro Menéndez de Avilés
Camín, Alphonso

I N D I C E

	<u>Página</u>
A Manera de Proemio	
Exploración	1
Colonización	20
Pedro Menéndez de Avilés	32
El Visitador Baltasar del Castillo	86
Vida Social	100
Vida Política	105
Vida Religiosa	109
Importantes Sucesos Históricos desde 1578-1819	116
Vida Actual	124

A MANERA DE PROEMIO

Durante los últimos años he vivido en la Florida. Sus magníficas playas, su envidiable clima, sus extensos pantanos y apacibles lagos me han atraído tanto que han hecho de esta tierra una parte de mi vida misma.

En todos los viajes a través de la Florida y especialmente en mis visitas a San Agustín, me he dado cuenta de su maravilloso pasado, contriéndome así a investigar el por qué de ese sabor hispano que todos sin excepción respiramos en esos contornos.

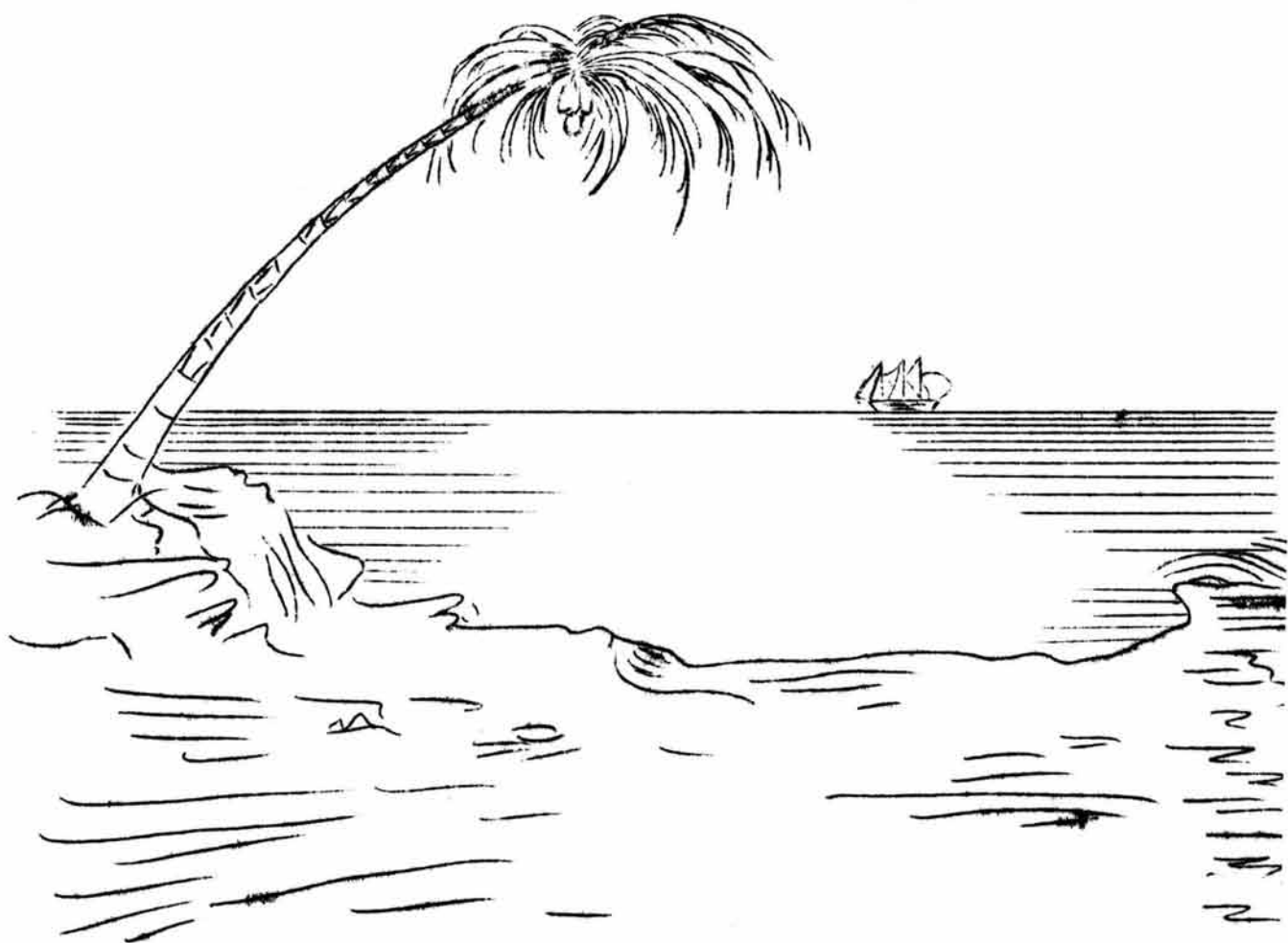
Este es el por qué decidí escribir acerca de "La Florida": me asombra su pasado y me embriaga su presente.

Ni por asomos pretendo agotar el tema en estas - cuantas líneas. Escuetamente presento su españolización y su - condición actual, por lo que pido indulgencia a mis lectores, si las tuviera, de las omisiones encontradas (éstas son involuntarias) y deficiencias de otra índole, pues como dijera cierto diplomático al pronunciar un discurso en otra lengua que no era la suya:

"quieran mis amables oyentes perdonarme si en mis labios titubea la hermosa lengua de Cervantes, como la música helénica escandida por un lego, que ya es mucho para un bárbaro atreverse a cantar versos de Homero."

C. Bushnell

EXPLORACION



Precisamente en el mismo año de 1492, en que moros y judíos son expulsados de España, el intrépido genovés Don Cristóbal Colón descubre América arribando a la isla de Guanahaní. Es incontenible el gozo que se apodera de los recién llegados, al contemplar desde el puente de sus frágiles embarcaciones un panorama todo lleno de misterio y hermosura.

Para escapar de la mirada escrutadora de los europeos, corren asombradas indias cobrizas, desnudas y descalzas, a la espesa selva y desde allí, tras el follaje, vigilan los movimientos de sus admiradores. Los niños, remedando a los monos, suben a los árboles con una rapidez asombrosa para esconderse tras la enramada más alta.

Son estas indias mujeres hermosas, bien formadas, y sus largas y negras cabelleras graciosamente caen sobre sus tostadas espaldas cual artísticas pinceladas de brea.

Sólo unas cuantas horas dura el pánico entre los nativos, pues luego vuelven a sus escondites para contemplar a estos extraños personajes de tez blanca y barbada.

Son interesantes las costumbres de estos caribes. En las guerras, cada enemigo que es hecho prisionero se adoba y se lleva al asador, y es por eso que pueden verse en las chozas, colgados como jamones ahumados, piernas y brazos humanos. Los viejos, esquivando los fuertes rayos del sol, se van a un lugar apartado para fumar; queman hojas secas en braseros de barro, y aspiran el humo. En las fiestas, se adornan la cabeza con plumas y se pintan el cuerpo de rojo. Usan collares de huesos, dientes y uñas de bestias salva-

jes, caracoles, etc. Se alimentan de gusanos y otras sabandijas.

En el mar abundan los tiburones, y en los pantanos - los caimanes se revuelcan en el lodo. En las chozas, los indios - ceban unos animales que parecen mitad lagarto y mitad serpiente: las iguanas. Parecen tan salvajes los nativos, que los españoles dan de ellos noticias fantásticas, como "de una nación en donde los habitantes tienen cola como los perros, con orejas tan grandes que llegan - hasta el suelo".

Cuando llegaron las naves de Colón, el Caribe pasó de súbito a ser cruce de todos los caminos. De Europa llegaban los aventureros que venían a hacer su historia, por lo que rápidamente esas tierras recién descubiertas fueron ensanchándose hasta convertirse en un verdadero emporio.

Fue ésta la última gran aventura de los marinos del Mediterráneo. Aquí vinieron a coronarse de gloria con sus descubrimientos los de Génova y Florencia, los de Cádiz y aún hasta los griegos. Es por eso que las páginas de la historia del Nuevo Mundo están saturadas de nombres italianos, como Colón, Vespuccio, Verrazano, - Toscanelli (quien avivó la curiosidad de Colón), etc.

Se consideraron estas tierras como un cofre repleto de fantásticas riquezas, incitando de esta suerte la codicia de muchos. Los jóvenes del Viejo Mundo enloquecieron con un enjambre de suposiciones. Pensaban que de esas islas pronto llegarían al ansiado Cingapango. Llegaron noticias a Europa que las playas de América estaban sembradas de huevos de oro y que el fondo de sus golfos era un inmenso manto de perlas. Colón mismo pensaba que pronto encontrarían ciu-

dades de mármol, tal como lo relataba Marco Polo en sus escritos. Aún más: llegó a afirmar que allí estaba el paraíso terrenal.

Al correr de los años, la vida de Santo Domingo empieza a formalizarse. Nicolás de Ovando es designado gobernador. Abre conventos para los frailes que, movidos también por el deseo de aventuras y la conversión de los infieles, abandonan Europa. Se inician los repartos de tierras, así como de indios, entre los hijos de Castilla. Sí, comienza el calvario de los caribes, pues tienen que trabajar sin descanso bajo las órdenes de un capataz, hasta desfallecer. Las islas se transforman, y tal parece que una nueva vida comienza a surgir como por encanto. Como resultado de tanta actividad, las campañas toman otro tinte. Los hidalgos viven una vida licenciosa y holgada. Se concretan a sus juegos favoritos, como ser naipes, y a sus vicios y deportes: fumar tabaco, cazar, pescar, etc. Por todas partes se ven animales domésticos traídos de España: caballos, perros, cerdos, cabras y gallinas.

Aún hasta los frailes encuentran un campo magnífico para sus labores: tienen repartimiento de indios, como los demás colonizadores, y casan, bautizan y predicán. Los franciscanos pronuncian sermones contra los dominicos y los dominicos contra los franciscanos, con tal entusiasmo, que cada orden envía un delegado a la corte para que el Rey castigue a los contrarios.

Mientras los españoles gozan, los indios sufren. A tal grado llega el ultraje hacia el esclavo, que aún sus esposas son afrentadas con la violencia. Aprovechándose del dominio ejercido, envían los españoles a los maridos a las minas por "una demora", que son

ocho meses de trabajo, a fin de tomar a sus esposas para su propio uso y placer. Cuando regresan los indios, encuentran sus hogares en la más lamentable desgracia. Las mujeres, antes que criar hijos cuyo fin será la esclavitud, los matan al nacer. Centenares de indios mueren en los trabajos forzados. Otros se suicidan. Se cuenta que un indio invitó a sus compañeros a hacer guerra a sus opresores porque el juez, a quien llevó una queja por el abuso de un español en contra de su esposa, lejos de hacer justicia le respondió con un puntapié.

Casos como éste se multiplican, cundiendo en todo el territorio dominado un clamor constante, ya por la ineptitud de liberación o por tanto ultraje recibido. Esporádicamente se presentan levantamientos de tribus que prefieren la muerte luchando por su libertad, a morir como simples esclavos en su propia tierra.

El gobernador no quiere escándalos ni desórdenes. Ha venido para establecer la armonía y la paz. Ve la reacción de los caciques y reflexiona: "Pondremos fin a la insurrección extirpando la causa", por lo que ofrece un agasajo a la reina Anacaona y a sus caciques. Al efecto prepara, frente al palacio de la reina, una gran fiesta al estilo español, en que los caballeros presentarán varios números. En la fecha fijada la reina y sus caciques, pintados de rojo y negro, se presentan al torneo, no imaginándose siquiera las macabras intenciones del gobernador y sus soldados. Comienzan las demostraciones: saludos, sonrisas, lindas cabriolas de los caballos; mas a una señal del gobernador Ovando, los caballeros españoles se precipitan al palacio, acuchillan a todos los caciques, reservando tan sólo a la reina Anacaona a fin de honrarla con una muerte distinta; la horca en la -

plaza. Acerca de Ovando, el cronista Oviedo dice:

"El Gobernador era muy devoto e gran christiano, e muy limosnero y piadoso con los pobres: manso y bien hablado con todos. Favoreció a los indios mucho, e a todos los christianos; trató como padre e a todos enseñaba a bien vivir: como caballero religioso y de mucha prudencia, tuvo la tierra en mucha paz y sosiego."

Durante muchos años, los exploradores de la América del Norte van en busca (al igual que los antiguos alquimistas) de la fuente misteriosa de la eterna juventud. Los del sur, corren tras la ilusión de la piedra filosofal, del cacique que se pinta con polvo de oro. Así, lo que más tarde se llamó América del Norte y América del Sur, ahora no es sino la Florida, o el Dorado.

La Florida

Y, ¿qué significa la Florida para los hombres del siglo XV?: toda la extensión de tierra comprendida al noroeste de Cuba. El Padre Acosta dice - Historia Natural y Moral de las Indias, Libro 13, capítulo 12 - que "la tierra de la Florida corre tanto al Norte, que no se sabe su término." Mientras que Antonio de Herrera observa que "algunos pensaron que el Continente de la Florida, al norte, llegaba al Mar Germánico". Solís de Merás, en su Memorial de las Jornadas del Adelantado Pedro Menéndez, da como cosa segura que "la tierra de la Florida, desde Pánuco hasta Terranova, corre a lo largo de la marina, con muchas islas y cayos, 1,300 leguas". Por estos comentarios

podemos notar que existía confusión acerca de los límites verdaderos de lo que hoy es Florida, obligándonos a aceptar que es aventurado aseverar o delimitar el territorio exacto, así como sus jurisdicciones. Sabemos que la extensión superficial de la Florida en ese tiempo, estaba adaptada a las pretensiones de los españoles. Conviene advertir además que, durante los tres siglos que pasaron desde la llegada de Ponce de León hasta la organización del territorio de Florida por los Estados Unidos, dicha Florida había tenido muchas fronteras. #

Aunque la historia auténtica de la América del Norte empieza con Ponce de León, no falta quien presente descubridores anteriores. No obstante, su falta de comprobación no deja de ser posible.

Cuentan los ingleses de cierto capitán (Sebastián Gaboto) que salió en la primavera de 1492 con tres bajeles proporcionados por el rey Eduardo y por los mercaderes de Londres, en busca del Gran Catay, y que recorrió la orilla de la Tierra de los Bacallaos. Pero nada de cierto hay en este viaje, ni aún el año en que se realizó puede verificarse. Se cuentan también las aventuras y descubrimientos de Américo Vespucio; mas repetimos, no hay una base histórica en que se apoyen tales viajes marítimos.

En el año 1492 apareció el famoso mapa de Cantino, el segundo cronológicamente hablando, de los que hoy existen incluyendo ya el nuevo mundo. En este mapa se ve claramente la porción meridional de un continente al noroeste de Cuba, que tiene una península se-

El estado de Florida, tal como hoy se conoce, es de menor extensión superficial que "la Florida" del tiempo de la colonización.

mejante a la de la Florida. Pedro Mártir (1511), refiriéndose a la gran tierra de Bimini, no muy lejos de las Bahamas, dice que tiene - leyendas de un manantial famoso en que los viejos, habiéndose bañado, recobran la juventud.

Volviendo al descubrimiento de la Florida, creemos sinceramente que, a pesar del hecho de que otros marineros hubieren costeado y aún desembarcado allí, por ningún concepto se quitará la gloria que realmente corresponde a Juan Ponce de León, encadenando su nombre al título de "descubridor de la Florida".

Juan Ponce de León

Es cosa bien sabida que este esforzado marino fue de los primeros conquistadores de la Isla Española -actualmente Santo Domingo- a donde pasó con el Almirante Cristóbal Colón, como capitán de infantería, en el año de 1493. No encontramos documentos que afirmen que haya salido a reconocer y a conquistar a la Florida, ni que hubiese visitado la vecina isla de Borinquén -hoy Puerto Rico- sino hasta 1508, en que como teniente de Nicolás de Ovando, redujo y pacificó la isla, quedando como gobernador de la misma.

Pasan los años, y las autoridades de Santo Domingo tratan de humillarle, quitándole la gobernación de Borinquén. Recuerda sus primeras vicisitudes en América, cuando acompañó a Colón. Llegan a sus oídos las leyendas de la fuente maravillosa que brota de las rocas encantadas, que da vida y vigor a los que beben de ella, de esa fuente que, según descripciones del mismo Ponce de León, se presenta de la siguiente manera: "Yo, Prester Juan, vi esa fuente y bebí tres

veces de esa agua, y desde que bebí me siento bien, pues los que beben de ella son siempre jóvenes....." Los indios, sabedores de su ambición, le llevan informes acerca de la fuente, asegurando su existencia. Juan Ponce de León, con inquietud la busca. ¿Puede alguien pensar que sea imposible hallar la fuente milagrosa en este nuevo mundo? Colón mismo propaló las creencias del paraíso terrenal en América, despertando en todos el interés de localizarlo. ¡Fantástica o más bien ilusoria empresa! Pero felicitémonos por ello, pues engendra el descubrimiento y la exploración de la América del Norte.

Habiendo allegado con los años algunas riquezas, dispone Ponce de León su célebre jornada a la Florida "cuya tierra avia gran fama entre los indios". Arma Ponce de León a su costa, en el puerto de San Germán de la isla de Borinquén, tres navíos, con los que se da a la vela el jueves 3 de marzo de 1512 y, llegando a la isla de Guanahani, sin pérdida de tiempo continúa hacia el noroeste, navegando de ese modo hasta el Domingo de Pascua Florida, el 27 de dicho mes, día en que vuelve a ver tierra. Tal vez por coincidencia de fechas bautiza la tierra descubierta con el nombre de Florida. Desembarca y toma posesión de ella en el nombre del Rey, el día 8 de abril de 1512.

Los indios lucayos le dicen que el territorio se llama Caucio, que es isla y muy larga. Ponce de León, receloso de no hallar suelo firme, se hace de nuevo a la mar, desembarcando los españoles en muchos lugares. No queda río ni arroyo en toda la Florida que no exploren y cuyas aguas ellos no beban, ni pantano en que no se zambullan, en busca de la ansiada fuente, sin encontrar más -

que indios valientes como los de Caucio, que los reciben en son de guerra y con ataques tan acometidos que apenas puede Ponce de León reembarcar a su gente. Después de navegar varios meses entre diversas islas, de obstáculo en obstáculo y de sorpresa en sorpresa, se da a la vela con rumbo a la isla de Puerto Rico, donde llega muy contento " por lo bien que le avia parecido la tierra y quedar persuadido a tener gran fortuna con este descubrimiento." (1)

Pasa Ponce de León en 1513 a la Corte de España para informar al Rey y a sus consejeros, pormenorizadamente, la clase de tierra que acaba de descubrir, ofreciéndose al mismo tiempo a poblar la isla de Bimini y de la Florida cuyo "Adelantamiento" se le concede después de prometer que ha de poblarlas con trescientos hombres en el término de un año.

Es nombrado Capitán General de tres navíos y Repartidor de Indios, Juez de Residencia contra Cristobal de Mendoza y demás oficiales enseñoreados de Puerto Rico. Manda el Rey a Juan Ponce que vaya luego a Sevilla "para zarpar a las brisas", encargándole también requiriese a los caribes por la paz, mas si no "entraban en inmediatas razones, hiciese guerra contra ellos, primero a los de las islas y luego a los de Tierra Firme".

Ya en Puerto Rico y a principios del mes de mayo de 1515, pasa Juan Ponce de León con su flota a someter a los caribes. Recibe la autorización de construir casas y un pueblo en "la isla", y a notificar a los indios que les es necesario aceptar la fe cristiana. La notificación tendría que hacerse una, dos y tres veces, y entonces, si los indios se resistiesen a aceptar la fe católica o

(1) The Story of Florida - Cash - Vol. 1. p. 14

a bautizarse entonces los españoles podrían atacarlos, sojuzgarlos y esclavizarlos. En estas sangrientas batallas que constantemente tenfa que librar con los rebeldes nativos pierde no pocos soldados, viéndose obligado por lo tanto a concentrar todas sus fuerzas de nuevo a Borinquén para lanzar la conquista de las tierras de la Florida.

Pero determinadas circunstancias en Puerto Rico retardan por mucho tiempo la salida de su segunda expedición; entre tanto, varios aventureros visitan la costa de la Florida con el propósito de traficar con los indios o hacerles esclavos. Entre ellos figuran los nombres de Diego Miruelo (1516) y Hernando de Córdoba (1517). Estas expediciones no despiertan mucho entusiasmo entre los españoles, porque no encuentran oro y los indios son siempre hostiles. Además la atención está dirigida hacia Yucatán y México, en donde las conquistas de Cortés han dado al español lo que busca, lo que desea: riquezas, fama, dominio.

Retirado en su casa desde el mal suceso que con los caribes ha tenido en las islas próximas a Puerto Rico, Ponce de León intenta de nuevo la conquista de la Florida con dos navíos bien armados y pertrechados, el año de 1521. Lleva también implementos para labrar la tierra y varios animales domésticos, así como varios sacerdotes para la conversión de los indios.

Durante la travesía por el mar su gente tiene que afrontar penosos contratiempos y los marineros tienen que aferrarse a lo que queda para no desaparecer barridos de la cubierta. Desembarca en las primeras playas arenosas de la Florida con interés de po-

blar; pero los indios los rechazan valerosamente con toda furia - logrando dar muerte a muchos de los españoles. Las descripciones que de estos indios han llegado hasta nosotros, por conducto de los mismos españoles, nos los presentan como altos, valientes, fuertes ("Extienden arcos que resisten los esfuerzos de los más fornidos españoles.") Las flechas que disparan logran pasar un caballo de costado a costado, más aún: atravesaban una armadura. Ponce de León - quedó herido en esta aventura, por lo que se vió en la necesidad de regresar a "las islas" para curar una de sus piernas en donde una flecha hizo blanco. Poco tiempo más tarde y a consecuencia de esta herida, Ponce de León, el valiente descubridor de la Florida cierra sus ojos para siempre. Sobre su tumba se escribió el siguiente epitafio que bien sintetiza su valor:

"Aqueste lugar estrecho,
es sepulcro del varón,
que en el nombre fué León
y mucho más, en el hecho." (1)

Parece que en la Florida ya no infunden los pieles - blancas ese temor supersticioso en los indios como sucede en México. Aquí resisten los esfuerzos de los españoles para sujetarlos, y luchan sin descanso por expulsarlos de su tierra. Ayudados por la naturaleza: el viento, el mar, los ríos, los pantanos, los arroyos, - las selvas, las víboras venenosas, nubes de mosquitos, etc., logran hacerlo. Dice Oviedo (viendo la dificultad para la conquista) que no había llegado el tiempo para la "conversión de aquella tierra y

(1) El Adelantado P. Menéndez de Avilés - Camín - p. 56

provincia a la santa fe católica."

De esta manera durante cuarenta y cinco años, la Florida es una tierra de esperanzas perdidas para más de un intrépido conquistador.

La geografía de la Florida sigue atrayendo a los hombres a explorar y colonizar, mas las condiciones naturales de la región impiden su buen éxito, porque no hay oro, ni culturas indígenas que puedan explotarse fácilmente como en México o en el Perú, ni siquiera la posibilidad de desarrollo agrícola sin trabajos hercúleos, como bien lo saben los que hoy día viven en aquellas regiones.

La importancia, pues, de este período, no consiste en lo que se hace en la Florida ni en el oro que puede obtener sino en lo que se descubre acerca de su terreno, geografía y extensión. Desde este punto de vista esta época es fructífera.

Lucas Vázquez de Ayllón.

Otro explorador, Lucas Vázquez de Ayllón, nos deja un buen legado de incidentes vívidos acerca de sus encuentros con los indios de la Florida. Con el propósito de someter a los indios caribes que se habían declarado enemigos y buscar esclavos para las minas, parte con dos naves a las tierras lucayas. Llega a la provincia de Chirora y de allí a la de Duharhe "cuios indios eran muy blancos y tenían los cabellos muy largos". Dice Ayllón que todos los indígenas están bajo el dominio de un cacique a quien llaman Datha, "el cual y su muger eran gigantes, hechos con artificio," porque, según refiere Ayllón, "quando estan mamando los que han de reinar,

los indios maestros, de este arte, ablandan, como cera, los huesos del niño, con emplastos de ciertas yerbas, y los estienden hasta que dejan al niño, como muerto, alimentando al ama, que lo cría, con comidas muy sustanciosas, y ella da el pecho al niño, en parte abrigada. Después de algunos días, vuelven los maestros a estender los huesos del niño y a hacer lo mismo con el ama, hasta que queda dispuesto el Príncipe, para crecer mas, que los otros, según su arte, conforme a la experiencia que los indios tienen. Otros dicen, de oídas a los mismos indios, que se criaban tan altos, porque les daban comidas tan eficaces y yerbas tan raras, que los hacían crecer y engordar."— Véase, Cárdenas: Ensayo cronológico para la historia general de la Florida... Folio 4—

Más tarde llegan los españoles a la provincia de Incignavín, donde sus habitantes les cuentan que en cierto tiempo habían vivido allí gentes que tenían cola, "de una cuarta de largo, flexible que les estorbaba tanto, que para sentarse agujeraban los asientos; que el pellejo era muy áspero y como escamoso, y comían solo peces crudos; y habiendo éstos muerto, se acabó esta nación y la verdad del caso con ella."

Desembarca Ayllón en varios lugares, pero especialmente en Chicora, en donde los indios, antes que los marineros puedan poner pies en tierra, huyen aterrorizados. Cuando pasa el temor de parte de los nativos los españoles son agasajados por Datha, el cacique, y reciben mantenimiento en gran abundancia. Ayllón se despide de Datha con mucho recelo y ceremonia, mas sin olvidarse de su intención de llevarse indios para las minas. En el preciso momento

de recoger velas, de una manera audaz logra apoderarse de 130 indios, con los que llega a la Española, en donde al poco tiempo mueren de tristeza y enojo.

Parte otra vez Vázquez de Ayllón para la Florida con dos navíos, y desembarca en un lugar que le parece fértil y propicio para sus propósitos. Los indios se acuerdan de él y, aunque aparentemente le reciben con muchos agasajos, planean una venganza. Se muestran tan atentos y comedidos para los recién llegados, que Lucas Vázquez, confiado en la sujeción de los indios, se cree dueño del país y envía doscientos hombres a reconocer un pueblo que dista una jornada de la costa. Tan pronto como los soldados desaparecen, los indios acometen a Ayllón y a los españoles que han quedado con él, no dejando vivo a ninguno.

Ocurre con la fantasía como con todo lo que es enredo: una vez que se echa a rodar el cuento, no hay poder humano que lo detenga. Pasan apenas unos meses, y de las desventuras de Ponce de León y de Lucas Vázquez de Ayllón ya nadie hace memoria; sólo flota en el aire que hay una tierra encantada en la Florida. Si una persona no encuentra la riqueza, indudablemente otra será más afortunada.

"México" es una palabra que convence, que hace esperar lo bueno. El mismo año en que Ponce de León muere flechado, Cortés entra triunfante a la ciudad de México. ¿No es posible que haya riqueza, que exista otro México detrás de los bosques y pantanos que impiden el paso al aventurero en la Florida? Todos sueñan con su conquista, mas surge uno que más que todos los demás la ansía; uno -

que, sabedor de las glorias de Hernán Cortés, quiere emularlo,

Pánfilo de Narváez, (1)

el mismo que fue comisionado por el gobernador de Cuba para castigar y quitar el mando al más tarde conquistador de México, pero que, lejos de lograr su cometido, tuvo que lamentar su vergonzosa derrota en las costas del Imperio de Moctezuma.

Este Narváez se compromete a descubrir y a pacificar la tierra conocida, desde el Río de las Palmas hasta la costa oriental de la Florida, y también a poblar toda la costa, de "uña mar a otra". Para tal efecto se le otorga el título de Adelantado de todo aquel distrito.

Saló de Sanlúcar de Barrameda el 17 de junio de 1527, con 5 bajeles y 600 hombres. Le acompaña Fray Juan Suárez, para ser obispo de las provincias conquistadas. Es de considerar que no sale moleestamente de las Antillas como Ponce de León, sino de la propia España, en medio de la vanidad y el orgullo que le son peculiares. Seiscientos hombres vienen en sus navíos. Casi doscientos hombres se le quedan en Santo Domingo, los que reemplaza a su vez con veteranos de Cuba. Durante su travesía, una tormenta viene a causar gravísimos daños a su flota.

Por fin llega Pánfilo de Narváez a la Florida, el 4 de abril del mismo año, fondeando una bahía que se llama de Santa Cruz, y el día 16 salta a tierra, tomando posesión de ella en nombre del Rey. Sin más dilaciones se dirige Narváez tierra adentro, dejando por su teniente y gobernador de los navíos a cierto oficial llamado

(1) Florida Land of Change - Abbey - p. 71

Carballo, con instrucciones de buscar puerto de más abrigo a las naves. Entonces nuestro héroe se va a la aventura sin saber la extensión del territorio o los peligros que le esperan. Carballo se cansa de esperar y recorre durante un año la costa sin hallar ni rastro del Adelantado, y creyéndole muerto, se hace a la vela con rumbo a Nueva España.

Pero, ¿qué ha pasado con don Pánfilo? Sus soldados se hunden en lodazales, los caballos, ante el pánico del cieno, huyen en el más completo desorden. Se ven precisados a volver nuevamente al mar, y lo buscan como su única salvación. Cuando llegan a la orilla, ni saben cómo seguir, ni cómo volver atrás. Las naves no aparecen por ningún lado, por lo que principian a construir, mejor dicho a improvisar, algunas embarcaciones que puedan conducirlos a través de las Antillas hasta Cuba. No hay herramientas, ni hierro, ni fragua, ni estopa, ni pez; ni artesanos que supieran del asunto, ni comida para sostenerse mientras duraba la construcción. Y sin embargo, a pesar de tantas privaciones, en cuarenta días, con la labor de un solo carpintero, se hacen cinco barcos y en ellos entra todo el ejército remanente. Cuentan las crónicas que tuvieron que utilizar piedras en lugar de anclas, y que cuando se embarcaron los soldados, ya sea por la premura o la condición débil de las naves, o las dos cosas juntas, estuvieron a punto de un hundimiento.

En estas condiciones se hacen todos a la mar el 20 de septiembre de 1528; pero pronto los vientos contrarios dividen las embarcaciones, yéndose cada quien a donde le deparaba su suerte. Cierta escritor español, refiriéndose a este suceso, dice: "El -

tuerto Pánfilo no tiene sino un grito desesperado para responder a la angustia de los soldados: ¡Sálvese quien pueda! Y uno de los que se salvan es Cabeza de Vaca. No podemos escribir mucho acerca de sus aventuras, porque no tienen mucho que ver con nuestra historia. No obstante, algo relataremos acerca de él.

Cae Cabeza de Vaca en manos de los indios y le hacen esclavo; pero como es hombre de astucia y recursos, "salva siempre el pellejo". Se hace, a más de médico, milagrero. Levanta enfermos, resucita muertos, y su fama va extendiéndose por la Florida hasta los bordes mismos de México. De tribu en tribu, el doctor Cabeza de Vaca va acercándose, hasta que un día venturoso llega a la Nueva España.

Lo que nos toca decir de Cabeza de Vaca, y lo que más nos importa, es esto: hay un interludio en su vida; son los días que pasa en España, después de sus naufragios en la Florida, justamente antes de lanzarse a la aventura del Paraguay. En la relación escrita de sus viajes, dice: "Aquí sólo quedan apuntadas mis desventuras; pero hay algo que no le digo a nadie sino al rey". La noticia empieza a circular de mesa en mesa, que Cabeza de Vaca sabe algo que no le dice sino al rey. La frase adquiere su natural desarrollo; que Cabeza de Vaca sabe de las fabulosas riquezas de la gran Florida.

Como don Pánfilo de Narváez soñó en hacer allí las riquezas de Cortés, hay ahora en la corte un émulo de Pizarro que quiere encontrar en la Florida otro Perú. Nos referimos a

Hernando de Soto,

quien ha venido a América sin nada más que su espada.

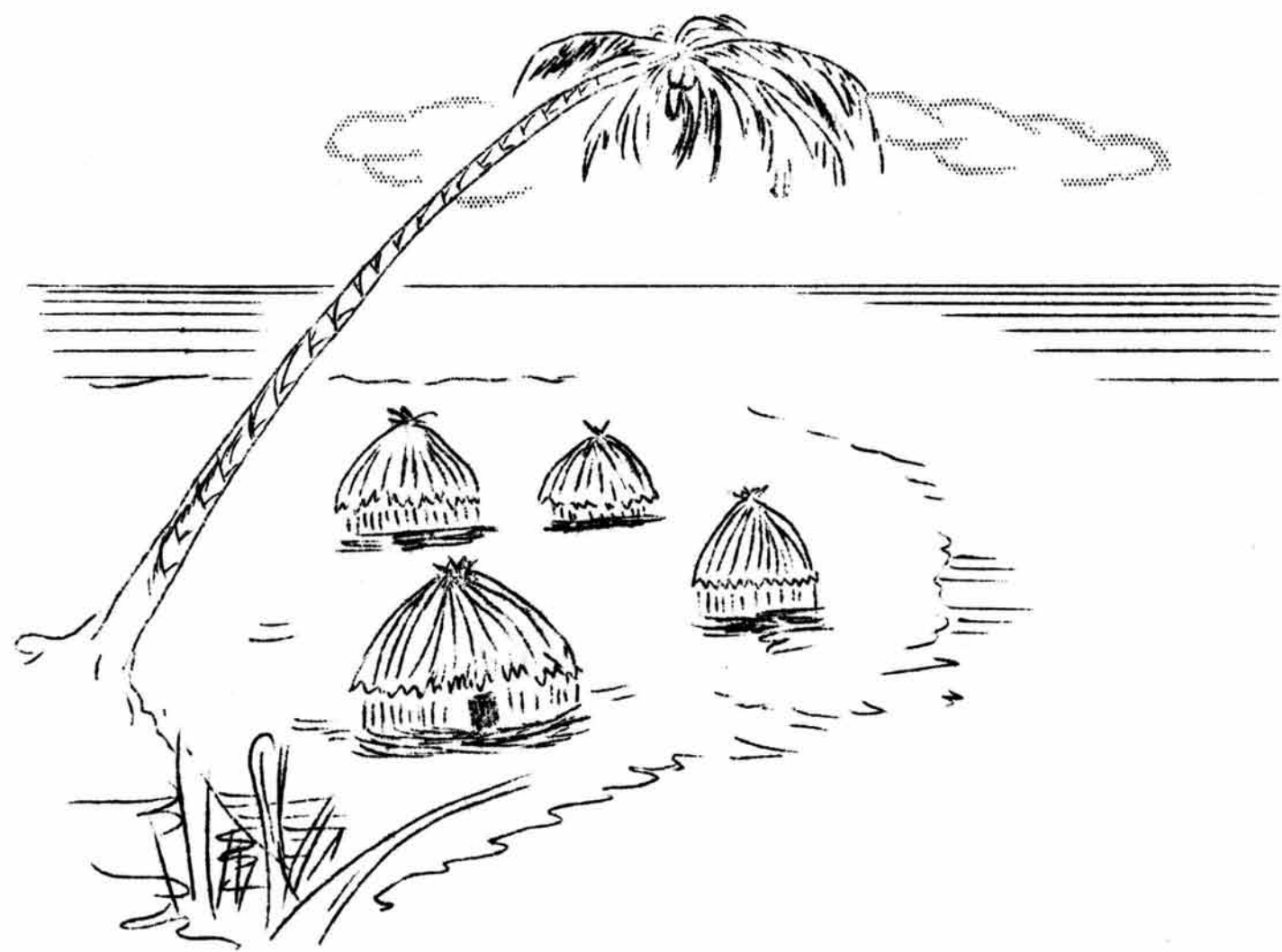
Va con Pizarro al Perú y gana allí mucha fama y riqueza. La gente dice de él: "Si Hernando de Soto va a la Florida, es porque indudablemente será otro Perú." Se prepara pues a seguir la fugaz bomba de jabón hinchida y soltada por el nigromante Cabeza de Vaca.

En la Florida, casi siempre hace las paces con los indios; pero si se da cuenta de una emboscada, antes que sus enemigos le disparen una flecha ya está él con su espada decapitando a diestro y siniestro. Y así va extendiéndose su dominio por las anchurosas praderas y los profundos ríos, resuelto a encontrar aquel secreto que Cabeza de Vaca sólo quería confiar al rey. Pero sólo ríos y más ríos es lo que él ha visto, lo que ha cruzado, unas veces con el agua al pecho, otras a nado. Los nombres de los ríos indican la fatiga, la esperanza, los trabajos de la tierra, su fe en los santos.

Léase la lista de estos ríos, tal como aparece en el mapa, y póngase un poco de imaginación en cada nombre, y sabrá cualquier persona lo ardua que fue la empresa de Hernando de Soto: Río de la Paz, Río de Canoas, Río de la Cruz, Río de Navidad, Río de Arenales, Río de Nieves, Río de Flores, Río de los Angeles, Río Bajo, Río del Espíritu Santo, Río de Montañas, Río de Oro, Río de Pescadores, Río de la Magdalena, Río de las Palmas. Si otros han descubierto lo que se llama "tierra firme", Hernando de Soto ha llegado al agua corriente. De aquí en adelante los españoles, que son hombres de la tierra y cuya única ambición es el oro, al darse cuenta de que la Florida no es envidiable por ningún concepto, le vuelven las espaldas para encaminarse a Nueva España o al País de los Incas. De Hernando de Soto leemos: "Hernando de Soto entrega sus huesos al río en donde

a un tiempo acaba su vida y empieza su gloria".

COLONIZACIÓN



Lo mismo que la expedición de Juan Ponce de León establece la existencia de la Florida como península, las de Pineda y Ayllón la señalaban ser parte de un vasto continente. Por otro lado, las empresas de Narváez y de Soto la quitan para siempre de la clasificación de tierras de promisión como México y Perú, es decir, de provincias ricas, prontas y fáciles de conquistar. Sólo quedan dos motivos para su posesión; el fervor de los misioneros para la salvación de los indios, y el significado de su posición geográfica.

Si bien es cierto que el Papa Alejandro VI otorgó, en su famosa Bula Pontificia, a los Reyes Católicos la mayor parte del hemisferio occidental, este don no había sido acompañado de una garantía contra intrusos, por lo que a fines del siglo XVI la expansión colonial ya tenía serias complicaciones internacionales, siendo la mayor de ellas la amenaza de los piratas, esa piratería mortal y odiosa, cuyos principales héroes estaban constituidos por Hawkins y Drake.

Otro peligro, aunque no tan próximo, fue la colonización permanente por otras potencias europeas dentro del territorio pretendido por Sus Majestades Católicas. Así pues, a la tarea hercúlea de tratar de gobernar a dos continentes, muy distantes por cierto, y defenderlos contra cualquier intento de rapiña de parte de otras naciones, dedicó España todas sus energías por más de doscientos años, no pensando ni por un momento siquiera que fuera ésta una labor inútil, sino por el contrario, la consideraba como una gloria más para su imperio.

La Florida desempeñó el papel mayor en este drama; en

realidad fue la simple disputa de este territorio lo importante, puesto que no podía jactarse de su oro o plata, ni de indígenas fáciles de explotarse, ni de tierras fértiles que labrar. No obstante, la península, internándose en el golfo, parecía constituir la llave o clave del mundo hispanoamericano.

La amenaza a su imperio no vino sólo de sus enemigos extranjeros. La naturaleza misma parecía oponerse a la tenacidad de los hispanos. El canal de las Bahamas, descubierto por Ponce de León, era bastante peligroso debido a las tormentas, ciclones, arrecifes y aguas violentas. Muchos barcos, aunque no destruidos por completo, tenían que buscar refugio en algún puerto de las Antillas. La irregularidad extrema de la costa, con sus muchas bahías y ensenadas, hizo de esa región un verdadero encanto para los piratas. (1)

Después del fracaso de la expedición de Tristán de Luna, que pensó establecer una colonia en la región en donde hoy se halla la ciudad de Pensacola, y semejante desastre del grupo que fue con Angel de Villafane a colonizar en lo que hoy es la Carolina del sur en la costa oriental del continente, era lógico que el rey de España en 1561 negara la autorización a toda persona que tratara de colonizar en la Florida. Y así, siguiendo el consejo de un grupo de personas que habían estado en las tierras de Ponce de León, mandó que de ahí en adelante todo español abandonase por completo todo intento de aventuras a ese territorio. Así estaba la situación cuando, en 1562, una trama de nuevas circunstancias, empezando con un esfuerzo vigoroso de parte de los franceses para establecerse en esa región, hizo cambiar la determinación del Rey, revocando sus acuerdos ante-

(1) Florida Land of Change - Abbey - p. 17

riores. Como resultado de tal decisión, se inició la colonización, o creación más bien dicho de San Agustín, acarreado como consecuencia una lucha encarnizada entre los dos marineros más ilustres de su tiempo: el francés Jean Jacques Ribaut, y el español Pedro Menéndez de Avilés.

Fijémonos un poco ahora en el carácter de las provincias de la Florida, especialmente en lo que concierne a su posición geográfica y sus recursos naturales, ya que están íntimamente relacionados con su desenvolvimiento económico, político y militar.

La península de la Florida, con su costa de 1200 millas más o menos, fue solamente una pequeña parte de la región llamada en los Siglos XVI y XVII "el Continente de la Florida". Esta región no tenía fronteras fijas, pero se componía aproximadamente de la mitad oriental de la América del Norte.

La región costera del sureste, de la que es un apéndice la península de la Florida, es cortada por muchos ríos anchurosos y navegables, por medio de los cuales los exploradores lograron recorrer muchas leguas tierra adentro.

Casi todos estos ríos se ensanchan cerca del mar, formando anchos estuarios y puertos, fáciles de ver pero difíciles de navegar, debido a sus arrecifes peligrosos y a sus numerosos bancos de arena. En el hecho, hay pocas bahías profundas a lo largo de la costa floridiana, y las que existen no ofrecen abrigo contra los huracanes y las tormentas tropicales que azotan estas regiones frecuentemente cada año, especialmente durante los meses de julio, agosto y septiembre.

El litoral, con sus dunas pintorescas y sus blancas arenas, es muy atractivo, pero los bancos de arena y las barras lo hacen casi inaccesible por mar, al mismo tiempo que los pantanos lo hacen por tierra. Así, a pesar de que existen numerosos ríos navegables, tan imponente era "el continente de Florida", que pocos eran los exploradores que querían penetrar en él, y menos aún los que deseaban vivir allí. Con excepción, entonces, de las misiones y unas fortalezas lejanas, no hubo otro esfuerzo digno de mención para colonizar durante los dos siglos de la ocupación española. Poblaciones como San Agustín, San Mateo, Santa Elena, y más tarde Pensacola, se fundaron en la costa o regiones cercanas a las costaneras; pero nunca tierras adentradas al Continente. ¿Las razones? Rápidamente las hemos esbozado, resaltando entre ellas la hostilidad de los nativos y la aridez del suelo. Aún mismo las actividades militares se desarrollaban de preferencia en las costas. Sólo cuando los ingleses y los franceses pretendieron apoderarse de las tierras interiores, y después del año 1650, hicieron los españoles esfuerzos militares para establecerse en el corazón de la península.

Tal fue la condición durante aquellos tiempos, desde la Bahía de Santa María en la costa del Atlántico hasta la desembocadura del Misissippi en el golfo. En el interior de la península de la Florida el movimiento era aún más difícil, y fue limitado por lo general entre la ribera del río San Juan y el camino de los indios, extendiéndose por las regiones más altas de la península, desde San Agustín hasta la Bahía de Apalache. En cuanto a la región meridional del camino del Apalache, no se sabía mucho de ella durante todo

el período colonial. Aún hasta el tiempo de las guerras con los Seminóles, durante el Siglo XIX, no había buenos mapas de ella, por lo que quedó una región desolada de pantanos y manglares hasta después de la guerra de la rebelión, habitada de indios, esclavos escapados y blancos decepcionados. Debido al establecimiento de los ferrocarriles y otras innovaciones de la civilización americana, la vida de los indios gradualmente comienza a evolucionar. Hoy día, sin haber perdido mucho de su tradicional misterio, esas regiones, antes inexpugnables para los españoles, se han transformado en los lugares de recreo más grandes de la nación americana.

Por toda la región costanera desde la Bahía de Santa María hasta el Misissippi, la tierra consiste en arena y cieno, más bien áridos que fértiles. La mejor tierra para cultivo se halla en los terrenos de barro rojo que se encuentran más allá de la costa, difíciles de alcanzar en los tiempos coloniales. A esto se debe indudablemente que, durante la primera etapa de la colonización hispana, la agricultura no hubiera tenido un desarrollo como lo tuvo en otras tierras como México, Perú, Cuba, etc.

Por otra parte, ciertas clases de frutos como naranjas, toronjas y uvas, podrían producirse a lo largo de la costa; asimismo indigo, caña y arroz. Los indios cultivaban cantidades limitadas de maíz, frijol, calabaza y tabaco. No obstante, a pesar de ser tan reducidas sus necesidades, optaron por acrecentar su producción alimenticia. Cazaban, pescaban y buscaban nueces y raíces para su sustento.

NOTA: Fue a lo largo de este camino, así como entre las islas de la

costa desde San Agustín hasta el Estrecho de Puerto Real, donde se establecieron la mayoría de las misiones durante el período de 1565-1763.

Para los colonos europeos fue completamente difícil la adaptación al medio y a las costumbres fijadas por las circunstancias, más aún cuando se hallaban limitados a la costa a causa de la agresividad de los indios y los impedimentos propios de la naturaleza. Así pues, les fue necesario echar mano de sus barcos para abastecimiento, que venía de España o bien de Cuba. Cuando éstos tardaban en llegar y sus provisiones eran agotadas, tenían forzosamente que recurrir a los indios por los medios más convenientes. Pero ya lo dijimos, éstos escasamente tenían para suplir sus propias necesidades y la ayuda no siempre era segura, aunque estaban dispuestos a hacerlo. Tales condiciones producían naturalmente mucha aflicción, porque bien sabido es que el ser humano, acosado por el hambre, es capaz de comer cualquier desaguisado, aún hasta en las actividades más delicadas.

Sin duda, la solución lógica y permanente al problema de la subsistencia era el desarrollo de una economía agrícola que se sostuviera a sí misma; pero no había manera sencilla de llevarla a cabo, en vista de que les sería necesario penetrar dentro de las regiones del interior para la adquisición de tierras propicias para la agricultura. Naturalmente, esto acarrearía consigo otros problemas como el de transportación, construcción y mantenimiento de caminos, luchas con indígenas, etc., etc.

En vista de estas complicaciones, no es de extrañar -

que España decidiera no emprender tal empresa y llegara a la conclusión en el año 1561, de que no valía la pena hacer esfuerzos para labrar la tierra en la Florida. Decidió al fin que esta provincia era diferente de las demás del Nuevo Mundo. Mientras reconocía su valor estratégico, reconocía también que era más fácil y menos costoso explotar otras partes de sus posesiones en el Mundo Nuevo. Tal actitud por ningún concepto quiere decir que España hubiera perdido su interés en la Florida; no, ni mucho menos que el rey español estuviera listo a permitir que otra nación la colonizara.

La posición geográfica de la Florida, en relación con las demás provincias de la Nueva España, era un factor importantísimo. Debido a que la península se interna profundamente en el golfo, su litoral meridional se aproxima al mar Caribe y su costa oriental se extiende paralela al Canal de las Bahamas, tenía gran valor estratégico. Es indiscutible que la corona de España reconocía este valor, porque cuando los franceses empezaron a amenazar a la Florida en el año 1562, sin vacilar él mandó a Pedro Menéndez de Avilés que atacara a los enemigos, y estableciera una colonia permanente en la tierra del "Continente de la Florida". Hizo esto a pesar de la reciente decisión de no seguir con los esfuerzos de colonizar allí.

Así la colonización de San Agustín en el año de 1565 es un suceso de importancia trascendental, pero que no puede ser considerado en todo el rigor de la palabra como el preludio de la historia de la colonización de los ingleses a lo largo del litoral del Atlántico. Al contrario, su verdadera significación en la historia puede apreciarse solamente a la luz de la política imperial de Espa-

ña en el Mundo Nuevo, porque marcó la culminación fructuosa de sus esfuerzos para establecer una avanzada en la Florida, la cual había de servir para vigilar la frontera al norte de sus ya florecientes colonias en las Antillas, Centro y Sudamérica, y más aún, para proteger las rutas de navegación utilizadas en el envío a las tierras de Castilla de los preciosos cargamentos de oro, plata y otros artículos desconocidos en Europa.

El desenvolvimiento de España hasta ocupar el primer lugar entre las potencias de Europa a fines del Siglo XV, no era más que el resultado de una serie de acontecimientos afortunados. El primero de éstos fue la conclusión de una larga y amarga lucha interna, en la que las fuerzas nacionalistas lograron derrotar a los moros, así como a los judíos, expulsándolos totalmente de su territorio.

El segundo fue la reorganización de la iglesia católica, que oportunamente se fue privando de muchas de las prácticas de la edad media y que por ende habían retardado su progreso. En su nueva condición, la iglesia, como íntima aliada del estado, servía para unificar los grupos nacionalistas y ayudar, tanto en los problemas sociales como en los de expansión territorial.

El agitado pueblo español, habiendo encontrado al fin una manera de vencer los obstáculos a su progreso nacional, quedó entonces listo y ansioso para concentrar sus energías en el desarrollo y expansión de sus colonias. Aquí otra vez la buena fortuna les llevaba hacia la cumbre, porque la feliz decisión de los reyes católicos de patrocinar la empresa de Colón, no condujo solamente al descubri-

miento de un mundo nuevo, sino también proporcionó a España la ventaja en la contienda existente entre las naciones europeas que buscaban la manera de enseñorearse del hemisferio occidental.

La misma dirección vigilante que había traído la victoria a las fuerzas del nacionalismo, estuvo alerta a reconocer esa ventaja. Como resultado, la nación española ya en el año 1565, que marca la colonización de San Agustín, después de una serie de expediciones, exploraciones y conquistas verdaderamente notables, había adquirido inmensas porciones de ambos continentes y establecido tan cabalmente allí sus costumbres, instituciones y civilización que, aún hoy en día, estos factores determinan fundamentalmente el crecimiento y progreso de la mayor parte del hemisferio occidental.

Además, fue España la que trazó para las demás naciones de Europa el camino y la manera de fundar colonias. En la extensión de conocimiento geográfico y en el desarrollo de nuevas ideas de inmigración y comercio, contribuyó España con métodos que se han ligado inseparablemente con la frontera americana.

San Agustín tiene la distinción de ser el poblado más viejo en cuanto a existencia continua en los Estados Unidos; pero de mayor importancia es el hecho de que fue la única colonia de España que se estableció con éxito en la costa oriental, y que se usó durante más de dos siglos como base de operaciones desde donde España ejerció (por lo menos en apariencia) su poderío sobre una gran porción del continente. Como capital política, militar y religiosa de las provincias de la Florida, cuando ese término, geográficamente hablando, incluyó todo el vasto territorio al este del Misissipi, desde

el cabo Sable hasta el Labrador, esta villa, que como ya lo tenemos - dicho fue fundada en 1565 por Pedro Menéndez de Avilés, adquiere una importancia en la política internacional en proporción a su posición aparente entre las poblaciones españolas en el Mundo Nuevo, a pesar - de la negligencia y pobreza que constantemente amenazan con aniquilarla.

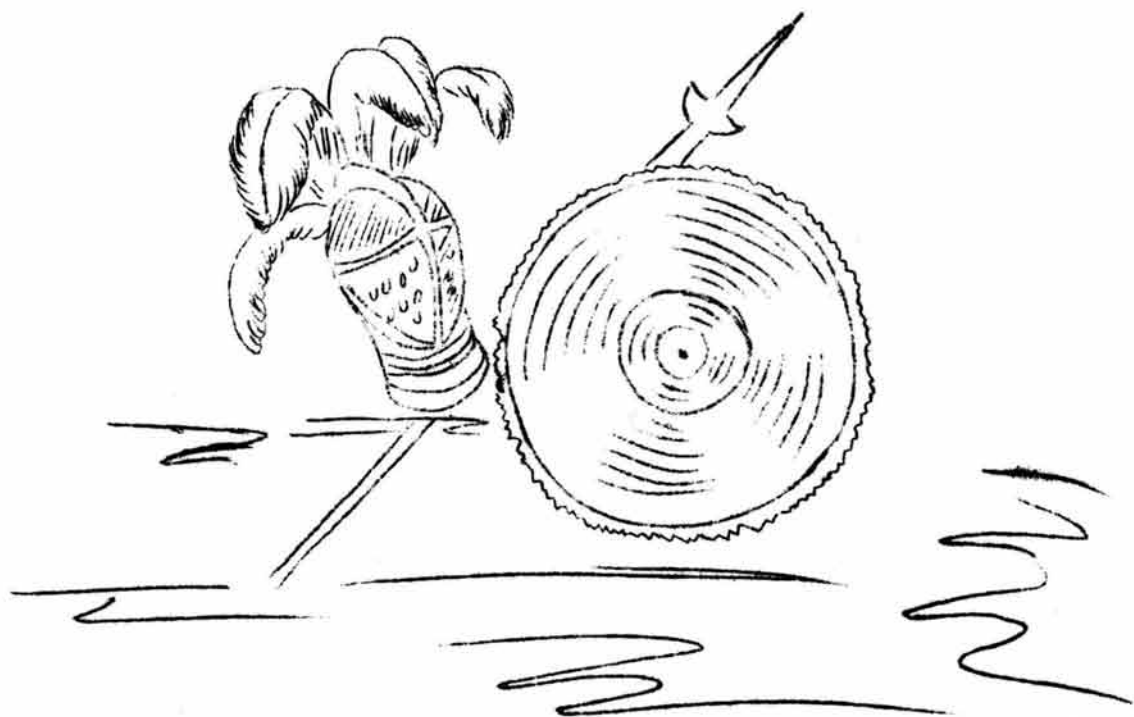
Así, la posición entre San Agustín y la Florida española puede comprenderse solamente en relación con el origen y desarrollo constante del imperio de España en el Nuevo Mundo, empezando con el establecimiento de Santo Domingo en 1496 (la primera colonia española en el hemisferio occidental.)

Empezando primero en las islas de las Antillas y extendiéndose entonces a lo largo de las costas del Mar Caribe y en las regiones adyacentes, la marcha de la colonización española englobó - sección tras sección de los continentes americanos. A medida que llegaron los colonizadores, comenzó la explotación de los recursos naturales, se abrieron minas y se hicieron experimentos en la agricultura. Muchas especies de plantas y animales, asociados con la vida y progreso de la civilización europea, fueron introducidas. Juntamente con esas cosas se introdujo también el sistema militar europeo, social y político, e instituciones tales como la esclavitud de los africanos.

Así, cuando Menéndez fundó San Agustín, casi setenta y cinco años después de la iniciación de este programa colonial, tales procedimientos se habían usado una y otra vez en el establecimiento y desarrollo de nuevas fronteras; ya existían como docientos

poblados y ciudades, algunos de ellos contando con universidades, bibliotecas, galerías de arte e imprentas. De hecho, en el año 1565, o sea cuarenta y dos años antes de la fundación de Jamestown, Virginia, España ya había enviado más de 160,000 de sus súbditos al Nuevo Mundo, e introducido además las características más destacadas de una cultura que representó los mejores atributos de la civilización europea de aquel período.

PÈDRO MÈNENDÉZ DE AVILÈS



No puede haber historia completa de la Florida sin que se anote en ella la vida del hombre más distinguido de su tiempo, del marinero y soldado sin par, Pedro Menéndez de Avilés. Era aún muy niño cuando murió su padre, y como su madre se había casado otra vez, lo llevó para educarlo un pariente suyo, con quien estuvo hasta la edad de ocho años, abandonando entonces su tierra sin saberlo nadie. Lo buscaron durante seis meses, encontrándolo al fin en Valladolid. Su pariente que lo criaba, con recelo de que se escapara de nuevo, lo depositó con un familiar suyo; Ana María de Solís, quien tenía diez años. Pero no bastó esto para retenerlo, porque sabiendo Pedro Menéndez que salía una armada contra los corsarios franceses, se enroló en ella y anduvo dos años allí. Es de notar las inquietudes de su niñez, presagios tal vez de brillantes acciones de bravura y gloria.

El Emperador Maximiliano, que entonces gobernaba España, llegó a saber de sus hazañas y lo mandó contra los franceses que infestaban las costas españolas y, en especial, contra Juan Alfonso, a quien tenían por francés pero que en realidad era portugués legítimo. Pedro Menéndez mató a Juan Alfonso y más tarde a su hijo, también un corsario famoso. Llegaron estas noticias al Emperador Carlos V, quien comisionó a Pedro Menéndez para seguir luchando contra los corsarios. Poco tiempo más tarde el Rey Felipe lo nombró Capitán General de las flotas de Indias y su consejero. Cuando Felipe II fue a Inglaterra para contraer nupcias con la reina María Tudor, entre los que le acompañaban figuraba Pedro Menéndez de Avilés.

Siguió luchando bajo la bandera de Castilla, recorriendo el Atlántico entre España y las Indias, hasta que sus envidiosos enemigos lograron por fin echarle en la cárcel. Los oficiales de la Casa de Contratación de Sevilla lo odiaban tanto, que querían quitarle la vida, pero no lo hicieron por miedo de los vecinos de Sevilla que estaban enojados y escandalizados "viendo la pasión que en el proceso habían puesto los oficiales y el Fiscal Venegas, contra hombre tan insigne como Pedro Menéndez, a quien se habían confiado los mayores intereses de la Hacienda y vida real, sin que en el dilatado tiempo que había servido, se oyera la más leve queja."

Basta decir que sufrió con paciencia durante dos años los desdenes del infortunio y se avino a la sentencia, en la cual se le condenaba a pagar 1,000 ducados de multa sin decir por qué. Cita Camín en "El Adelantado de la Florida", página 118, lo siguiente: (en que se queja al rey)

"Sigo preso --"sin quererme dar soltura" -- a pesar de haber depositado "fianza de treinta mil ducados" y en 8 de enero de 1564 dícele Pedro Menéndez al Rey que ha hecho sus descargos, "ha muchos días", pero el fiscal "ha pedido muchos términos para me molestar" y "vase acabando la vida en esta prisión". De nuevo le pide que mande llevar el proceso al Real Consejo de Indias "donde seamos ídos y sentenciados y castigados si me recemos culpa; y si no la tenemos, nos den por libres y por buenos capitanes, como lo somos y hemos sido". Por lo que pe-

día al Rey que mandara hacer justicia con brevedad, pues -
"Bartholomé Menéndez, mi hermano, han jurado los médicos que -
se volverá ético y morirá si no va a gozar los aires de su tier
rra" y él también andaba muy flaco--"se me va acabando la vida"
-- y la mayor pena que sentía era "haber doce años que no he est
tado en mi caso ni visto a mi muger e hijas, que dexé tres chi
quitas, que son ya mugeres".

Al fin salieron de la prisión los hermanos Menéndez,
víctimas de las envidias y habladurías de los curiales, la peor es-
pecie de hombres que se conoce, con ser mala toda ella.

El Rey, que estaba al tanto de lo ocurrido y del pro-
ceder de los jueces, no asintió la sentencia del Consejo e hizo lla-
mar a Pedro Menéndez para condonarle la mitad de la multa, restitu
yendolo en su puesto como General en la expedición de Indias, con -
sus hermanos y deudos tal como antes. Pedro Menéndez le dió las graci
cias, le besó la mano, etc., pero le dijo que antes que pudiera -
servirle tenía que recuperarse de la gran aflicción en que estaba.

El único hijo suyo era Gentil Hombre de la casa Real,
y vino a Nueva España como Capitán de una flota. Pero en la traves
sía les azotó una tormenta junto a la Isla Bermuda, cerca de la -
Florida, haciendo desaparecer la nave en que venía. El capitán y
otros náufragos lograron alcanzar la tierra en donde ya probablement
te eran esclavos. Pedro Menéndez, sabedor de este percance y sin-
tiéndose ya libre de la prisión, se acercó al rey pidiendo autori-
zación para buscar los náufragos, y con especialidad a su hijo. Di

ce: si su "Majestad le daba licencia, determinaba, aunque fuese pidiendo limosna entre sus deudos, armar dos pataches y salir a reconocer aquella isla y la Florida, costeándola toda si fuese necesario, saltando en tierra para preguntar, por señas, a los indios, si había entre ellos algún hombre con barbas, o en alguna isla cercana; porque hasta hacer esta diligencia, no le parecía cumplir con su conciencia, ni con el amor que tenía a su hijo..."

El Rey mandó que volviera al día siguiente, para saber cuál era su última decisión...

Pocos días más tarde el adelantado Pedro Menéndez de Avilés parte de España rumbo a la Florida.

El Rey había decidido darle lo necesario para ir en busca de su hijo; pero acabada esta diligencia, tendría que recorrer toda la costa de la Florida, explorando sus ensenadas, puertos y bajíos, delimitándolos cuidadosamente para anotarlos en las cartas marítimas. Dijo el Rey, y con razón, que la causa de muchas pérdidas en aquellas costas estribaba en no saber a ciencia cierta el secreto de aquellas riberas y escollos.

Pedro Menéndez de Avilés, que había soñado en la conquista y colonización de la Florida, pidió inmediatamente al Rey que le diera permiso para expedicionar aquellas costas, a fin de reducir a sus naturales al "verdadero camino de salvación" y "plantar el Santo Evangelio" entre ellos.

El Rey lo escuchó atentamente y le concedió la autorización para dirigir la expedición y aún emprender empresas por su propia cuenta. Don Pedro comenzó en seguida la preparación de la -

encuesta, pidiendo a sus deudos y amigos cuanto pudiesen suministrarle para trabajo tan arduo. Basta decir que éstos le ayudaron de buena gana con sus haciendas y aún con las de sus amigos.

Por fin capituló Pedro Menéndez que dentro de poco tendría, según promesas de la corona, en Cádiz o en el Puerto de Santa María aprestadas seis chalupas y cuatro zabras con armas, municiones y 500 hombres, 100 labradores, marineros y demás oficiales, etc., y que llevaría bastimento para todos suficiente para un año "Todo ello a costa y minción, sin que su Majestad, ni los Reyes - que después viniesen, sean obligados a pagar, ni satisfacer cosa alguna de ello, más de lo que por esta capitulación fuese concedido". Además, llevaría el galeón San Pelayo provisto de todo lo necesario para la aventura.

Dentro de tres años, a más tardar, tendría que conquistar las tierras de la Florida, explorada y delimitada toda su costa y desembarcados en ella, para poblarla, 500 hombres. Pero - el pobre Don Pedro no comprendía la magnitud de la Florida. Desconocía por completo la gente con quien tendría que luchar; el número de calados que tendría que hacer, etc.

Según la capitulación, llevaría consigo, además de lo mencionado, doce religiosos y doce padres de la Compañía de Jesús, y (perdón por mencionarlo en este mismo párrafo) 100 caballos y yeguas, 200 terneras, 400 puercos, 400 ovejas y algunas cabras y 500 esclavos, la tercera parte hembras, para su servicio y el de la gente que lo acompañaba.

Establecería dos o tres pueblos de 100 vecinos, y -

en cada uno un fuerte para su defensa, y "la conquista y pacificación la haría con mucha prudencia y cristiandad". Se le nombraba además, Gobernador y Capitán General de la Florida, con 200 ducados de salario, "y después de sus días, el hijo o yerno que escogiese". También se le dió una parte de las rentas, minas, oro, plata; perlas y frutos que se hallaran en aquellas tierras y, lo más importante; se le otorga el Adelantamiento perpetuo de la Florida con título de marqués.

No vayamos a suponer que todo esto lo hizo el Rey debido a su bondad o al mucho aprecio que por el Adelantado Avilés tuviera, porque vimos cómo, sabiendo que estaba Pedro Menéndez en la prisión, lo dejó dos años allí sin hacer ningún esfuerzo para sacarlo. No, lo hizo porque había tenido noticia de que los hugonotes franceses habían poblado y fortificado la Florida, tres años antes, por lo que se vio obligado a arrojarlos antes de que les llegaran más soldados y socorro.

Reconociendo la habilidad y la fidelidad de Pedro Menéndez de Avilés, lo escogió el Rey para llevar al cabo sus proyectos. Ordenó el Rey, (fuera de la capitulación) que se dieran a Pedro Menéndez despachos para que le entregasen en las indias 200 caballos y 400 infantes, con buen sueldo por cuatro meses, tres naves de armada, artillería, municiones y vituallas "y todo cuanto pudiese o hubiera menester para echar a los luteranos de las tierras de la Florida". Así, cuando el Adelantado se hizo a la mar, llevó consigo 2,646 personas en 34 bajeles, personas "no mendigas y soeces", sino "de los principales caballeros de Astu-

rias, Galicia y Vizcaya."

Llegó felizmente a Canarias, e hizo alarde de la gente que llevaba consigo; pero al zarpar de allí, una recia tormenta le echó a pique dos o tres barcos. No obstante, arribó a Puerto Rico y a la Española el 9 de agosto, habiendo salido de Cádiz el 29 de junio del mismo año 1565.

Pronto reunió a sus capitanes y les dijo que era menester darse a la vela en dirección a la Florida, sin esperar más socorros; "pues si lograban hallar el paraje donde los luteranos estaban poblados, tenía por sin duda la victoria, cogiéndolos descuidados". Aquel mismo día mandó entregar las armas a los capitanes para que las repartiesen entre los soldados, con orden de que las tuvieran limpias y listas.

El día de San Agustín (28 de agosto), descubrieron la tierra de la Florida. Cinco días más tarde divisó el Adelantado indios en la costa, por lo que envió a tierra a su Maestro de Campo, con 20 arcabuceros, a los que opusieron enconada resistencia los nativos.

Como es natural, dada la superioridad en armas y pericia militar de parte de los españoles, tuvieron que obligar a sus enemigos replegarse a su selva. Pero en vista de que el propósito primordial de los navegantes era averiguar la situación de los luteranos, mandó el Maese de Campo a un soldado-reo de muerte - que desarmado fuera en busca de los indios, con unas baratijas en son de amistad, y averiguase cuanto pudiera, "quitándole de encima el delito y asegurándole la vida, si salía con bien de la empresa."

Por señales indujo éste a los indios a seguirle otra vez a la plya, en donde los esperaba el Maestro con su gente. Más tarde bajó a tierra el Adelantado también y repartió entre ellos otros "artículos de rescate" obteniendo, como resultado de sus averiguaciones, la noticia de que los franceses estaban a no más de 20 leguas hacia el norte.

Los soldados españoles se volvieron a embarcar y navegaron a lo largo de la costa; y a ocho leguas de allí descubrieron un buen puerto, con una magnífica ribera, a la que llamaron - San Agustín, por haberla descubierto en su día. Al día siguiente, navegando a lo largo de la península, divisó el Adelantado cuatro galeones que estaban surtos. Le pareció al capitán que traía socorro a los franceses y que les era menester a los españoles atacarlos sin demora. Pero convino la mayoría de sus capitanes en volver a la Isla de Santo Domingo y esperar la llegada de los demás barcos. Don Pedro no estaba de acuerdo con ellos. Dentro de sí razonaba que no iba a dejar escapar a los franceses yéndose a las islas. Para él, lo más razonable era atacar a los franceses - sin más tardanza.

Al fin resolvieron todos enfrentarse a los franceses, por lo que navegaron hasta una distancia de tres leguas de las naves enemigas. Aquella tarde azotó el viento con tormenta y truenos y relámpagos, lo cual tuvieron algunos supersticiones por mal augurio; no obstante, siguieron hasta estar muy cerca del enemigo, quien al darse cuenta del peligro los recibió con un nutrido fuego, pero que dicho sea de paso, ningún daño causó a los españoles.

El Adelantado, por el contrario, ordenó no contestar en la misma forma sino que, con un valor inaudito, hizo que su barco tomara la delantera, y parado en la proa se dirigió a la flota francesa y buscó a la nave capitana para hablar con el almirante. Después de haber logrado su deseo, es decir, al haber llegado a una distancia en que podía hacerse oír de las embarcaciones enemigas, inició el siguiente diálogo, que por creerlo de interés lo transcribimos:

---Señores, ¿dónde es esta armada?

"Respondió uno solo que de Francia.

"Volvió a decir:

"---¿Qué hace aquí?

"Dixeronle:

"---Traemos infantería, artillería y bastimentos para un fuerte que el Rey de Francia tiene en esta tierra y otros que ha de hacer.

"Dixoles el Adelantado:

"---¿Sois católicos o luteranos y quien es vuestro General?

"Respondieron que todos eran luteranos, de la nueva religión y que su general era Juan Ribau.

"Inmediatamente le preguntaron quienes eran ellos y quien él que lo preguntaba y de quien era aquella Armada y a que venís a aquella tierra y quien era el general della.

"El Adelantado les respondió:

"---El que os lo pregunta se llama Pedro Menéndez y esta armada es del Rey de España, y yo soy General della y vengo para

ahorcar y degollar todos los luteranos que hallase en esta -
mar y tierra y así lo traigo por instrucción de mi Rey, la -
cual cumpliré en siendo de día, que iré a vuestros navíos y
si hallare algún católico, le haré buen tratamiento.

"Respondieron muchos juntas palabras muy desvergonzadas y des-
honestas contra el Rey Nuestro Señor..... y diciendo: tal y
tal sea para el rey Don Phelippe y para Pedro Menéndez y si
eres hombre valiente, como se dice, ven y no aguardes a la -
mañana. Y el Adelantado, oidas tantas deshonestidades que
decían en perjuicio de su Rey, mandó largar cable para abor-
dar con los enemigos y como esto hicieron de mala gana los -
marineros, saltó abaxo de la puente para que lo hicieran con
brevedad."

"Cuando los franceses vieron que iba el asunto de veras,
cortaron a toda prisa sus cables, guindaron las velas y huye-
ron."

Rápidamente el Adelantado ordenó la persecución, pero
considerando inútil su empresa, se vió obligado a regresar.

Al día siguiente, saltó a tierra Pedro Menéndez de -
Avilés y tomó posesión de ella, en nombre del Rey. Mandó que sus
capitanes levantaran trincheras contra los enemigos comunes, como
lo explicó a los indios que andaban mirando todo, y a los que expli-
có con mucha astucia, que había venido para constituirse en su de-
fensor y libertador.

Llegó otra vez la flota francesa para atacar a los -

españoles, pero un fuerte viento contrario la obligó a levar anclas y buscar abrigo en alta mar. Entonces se dirigió el Adelantado a sus hombres, según se recuerda en el Memorial de Solís:

"---Señores, a mi se me ofrece deciros una muy buena coyuntura, que se me representa en los sentidos y en el alma, que no la debemos de perder, y nos conviene aprovecharnos desta ocasión y no la dexar pasar, y es que yo considero, y esto es razón natural, que pues la armada francesa huyó de mi ha cuatro días y agora me viene a buscar, que se ha fortificado con parte de la gente de la guarnición que tenía en su fuerte, y esta será de lo mejor y los mejores capitanes; el viento lo tienen muy contrario para se volver a su puesto y fuerte, y el semblante es de manera que dudará este viento muchos días: pues éstos son luteranos, y así lo tenemos entendido antes que partiéramos de España, por los bandos que Juan Ribao, General dellos, echaba en Francia al embarcar, que sopena de la vida no se embarcase ninguno que no fuera de la nueva religión, y so la mesma pena, que no llevasen libros que no fuesen desta ley, y también nos la han certificado ellos mesmos, cuando sobre su puesto estaba nuestra armada surta con la suya, que dixeron no había católico entre ellos, y queriéndolos yo castigar, dieron las velas y huyeron, y por ésto no se puede hacer la guerra que con éstos tenemos y ellos con nos, si no a sangre y fuego, pues ellos como luteranos, nos buscan a nos, que somos católicos, para que no plantemos en estas provincias el Sancto Evangelio, y nos los buscamos a ellos, por ser luteranos, para que no planten su mala y detestable secta en esta tierra, ni le enseñen a los indios;

pareceme que debemos de tomar 500 soldados, las dos partes arcabuceros y la una piqueros, y 1 ración de 8 días en nuestras mochilas, sin mozoa, con nuestras armas a cuestas y que diez capitanes que sois cada uno con su bandera y oficiales, en número de 50 personas cada capitán vamos a reconocer el camino, tierra y fuerte donde los luteranos están, que aunque no sepamos el camino con nuestra aguja de navegar..... yo os sabré guiar..... que un francés traigo conmigo que ha estado en aquel fuerte más de un año, que dice que la tierra a dos leguas al derredor la conoce y nos sabrá llevar al fuerte, y si vemos que no somos descubiertos, podría ser que a un cuarto de alba, plantando veinte escalas que haremos cuando estemos cerca de allá a trueco de perder 50 soldados, les ganemos el fuerte y cuando entendiéremos que somos descubiertos, pues estamos ciertos que a menos que cuarto de legua está el bosque, plantando nuestras diez banderas por sus cuarteles, a la orilla dél, les parecerá tenemos número de mas de dos mill hombres y les podremos enviar una trompeta diciendo que nos dexen el fuerte y se salgan de aquella tierra y que se les dará navíos y bastimentos con que se vayan a Francia, y si no, que los pasaremos todos a cuchillo y cuando no lo hiciesen, habremos ganado mucho en reconocer el camino y tierra y el fuerte, y temernos han de manera que será causa que nos dejen este invierno estar aquí seguros hasta el Marzo venidero, que tendremos recaudo para los ir a buscar, así por mar como por tierra."

Así platicó el Adelantado con mucha lógica pero algunos de sus capitanes decían entre sí que este plan sí daría mucha

gloria al Adelantado y más penalidades a sus soldados.

Por fin, Pedro Menéndez, viendo la indecisión de sus seguidores, mandó que se preparasen para marchar el tercer día, mas al siguiente día fue informado Pedro Menéndez de que todavía algunos capitanes murmuraban acerca de la decisión tomada de ir al fuerte francés, y lo hacían tan en público que los soldados comenzaban a mostrar su desconformidad.

Acordándose de un refrán que dice que "toda lanza se apoya en la panza" mandó hacer una comida especial y que dijeran a los capitanes y "a otros soldados caballeros que iban en la jornada" que viniesen a yantar con él. Después de la comida se levantó el Adelantado y, dirigiéndose a sus capitanes, les habló así:

"---Señores y hermanos míos: después que estamos en tierra, hémonos juntado los capitanes a consejo, el cual se hizo con gran secreto y de las palabras que allí pasamos, sólo los que allí estuvimos lo supimos, y no otros; entiendo agora que todos los soldados y mugeres que aquí están lo saben y tienen disputas y porfias entre sí, sobre quien habló mejor o peor, de tal manera que se murmura de nuestra provisión etc.....sé quienes son los más culpados desto y están aquí, no quiero condenar a ninguno, ni mas de pedirlos, señores....."

Así acabó el Adelantado con lo que amenazaba ser motín, mostrando de esta suerte su tino y astucia.

No obstante, seguían murmurando el Capitán Juan de San-Vicente y el alferéz Francisco Pérez. Estos habían llegado a

Sevilla desde Italia, cuando el Adelantado estaba preparando la expedición. Traían cartas de Luis de Quintanilla, gran amigo del Adelantado, en las que aseguraba ser muy buen soldado de San Vicente, pidiendo además le honrase y favoreciese en lo que pudiera, etc., etc, Por esto, Pedro Menéndez hizo capitán y alférez a Juan de San Vicente y a Francisco Pérez, respectivamente.

Las campanas llamaron a misa de campaña al rayar el alba, pero faltó a ella Juan de San Vicente con el pretexto de que le dolía una pierna, respondiendo a los que trataban de persuadirle que fuera: "Voto a Dios, que aguardo quando vienen nuevas de que todos los nuestros están degollados, para que los que aquí quedamos, nos embarquemos en estos tres navíos...."

Iba el Adelantado a la cabeza de la expedición con Martín de Ochoa y, cuando encontraban un buen sitio, hacían un alto y esperaban a toda la gente para que, estando todos descansados, continuasen la marcha. De este modo llegaron a los cuatro días a media legua de Charlefort, en donde pasaron la noche en un sitio muy cenagoso. A las diez de la noche empezaron a llegar los rezagados, maldiciendo a quien los había metido en aquellos trances, pues se habían visto forzados a atravesar varias ciénagas con el agua a la cintura. Algunos preferían palabras injuriosas contra el Adelantado, y en voz tan alta que él podía oírlos. El Alférez Fernando Pérez se acercó al Adelantado y dijo en alta voz para que éste lo oyese: "Como nos trae vendidos este asturiano corito, que no sabe de guerra más que un asno..."

Pedro Menéndez fingió no oír sus palabras, sabiendo bien que no era aquella la ocasión de reprenderlo. Citamos estos in-

cidentes para mostrar que el Adelantado tenía que luchar, no solamente contra los obstáculos naturales (que fueron bastante malos), sino también contra la envidia y desafecto, si no la traición misma, de sus acompañantes y especialmente oficiales.

Firme en su propósito, dos horas antes del amanecer hizo el Adelantado llamar al Maestro de Campo y a los capitanes, presentándoles una sustanciosa arenga en que logró animarlos hasta el grado de prometerle que estaban listos a seguirle y llevar al cabo su plan de ataque, costara lo que costara.

Antes de rayar el alba se pusieron en camino. El Adelantado tomó consigo al francés prisionero en la delantera, y con ese entusiasmo que ha poco había inflamado sus pechos, dejaron atrás las tinieblas. Cierta que algunos soldados iban quejándose mientras el agua de la ciénaga por donde pasaban les daba hasta la cintura y, a medida que avanzaban, se hundían mucho más. A éstos ordenó Pedro Menéndez de Avilés que le siguieran sin más lamentos, hasta que al fin llegaron a un cerrillo haciendo alto allí.

Como Febo comenzaba ya a anunciar su aparición, no era prudente atacar el fuerte sin reconocerlo antes, por lo que el Maestro de Campo y Martín de Ochoa tuvieron que hacerlo. Al regresar, y después de haber averiguado lo que querían, equivocaron la senda y fueron a dar con un centinela francés que, al principio, los creyó de los suyos y les preguntó: "¿Quién va?" -- "Francia", respondió Ochoa.

Se les acercó el francés, pero antes de que los reconociera, le dio el Maestro de Campo una estocada tan recia que le derri-

bó hacia atrás. Lo llevaron atado a donde estaba Pedro Menéndez. Este, habiendo oído gritos, creyó que los franceses estaban matando al Maestro.

Entonces todos salieron corriendo hacia la fortaleza, y el Adelantado, dándose cuenta del ánimo de sus tropas, mató al francés para evitar mayores molestias y mandó que atacaran a toda prisa. Mató a dos franceses más y a los demás que estaban afuera del fuerte; viendo esto, comenzaron a dar voces. Para conocer la causa, un francés abrió la puerta principal, mas al instante murió este imprudente, atravesado de una estocada que le dio el Maestro de Campo. Sin pérdida de tiempo y aprovechando la franquicia de la entrada, así como la inspiración de sus victorias, entraron todos al fuerte.

Despertaron asombrados los franceses al escuchar el ruido de las armas y la gritería de los soldados, y se levantaron, asomándose por las puertas para ver lo que pasaba. Pero corrieron la suerte de los centinelas, pudiendo escapar de la cruel matanza tan sólo sesenta, "echándose de cabeza por las murallas y no pocos haciendo lija de las posaderas". Se abrió la puerta principal de par en par y cargaron sobre los cuarteles franceses con tal ímpetu, que bien simulaba el ataque al azote de las olas embravecidas sobre una débil barquichuela, no dejando así a ninguno con vida. Considerando el Adelantado que la victoria era suya, y además suponiendo a sus soldados inflamados por el triunfo y tanta sangre, corrió a toda prisa de aquí para allá, donde le pudieran escuchar, diciendo que, so pena de muerte, ninguno hiriese ni matase a mujeres ni mozos de quince años abajo. Así se salvaron 70 personas; las otras 60 que habían

escapado escalando las murallas, subieron en una barca que estaba surta en el río y se hicieron a la vela rumbo a Francia.

Estas personas y otras que más tarde rescató Pedro Menéndez de Avilés de entre los indios, las envió a Francia para que contaran a su Rey lo peligroso que era enviar más hombres a aquellas tierras. Fueron las únicas que sobrevivieron a aquella terrible y sangrienta embestida.

Pasó de allí el Adelantado a ver las tres naves francesas que navegaban en el río. Mandó tocar una trompeta y tremolar una bandera blanca en señal de paz, diciéndoles a los marineros que se llegaran a tierra. Naturalmente respondieron éstos con una negativa, y, a pesar de que Pedro Menéndez les aseguró que podían pisar tierra sin temor alguno, rehusaron dejar los navíos. Entonces les dijo que podían escoger la nave que más les gustara y el bastimento necesario para los que estaban en las tres, y para los mozos y mujeres que se habían salvado en la lucha del fuerte, y sin artillería ni municiones salieran para Francia lo más pronto posible. A esto respondió el comandante francés, Santiago Ribault, que de ninguna manera se rendiría, y que, si el Adelantado quería hacerle la guerra, trataría de responderle como caballero y soldado.

Antes de que el francés pudiera terminar estas palabras, cierto artillero llamado Diego de Mayo disparó un cañón haciendo blanco en la nave francesa, precisamente a la altura del agua, la cual empezó a hundirse a toda prisa. Esto obligó a los franceses a entrar en un salvavidas y huir a las otras naves, no al alcance de la artillería.

Esta fuga no desanimó al Adelantado, sino por el contrario, se acostó y durmió tranquilamente cuatro horas. Al despertar juntó a sus capitanes y les dijo que informaran a los hombres que - trescientos tendrían que quedarse en el fuerte mientras los demás le acompañarían a San Agustín; porque era cosa peligrosa dejar la fortaleza sin guarnición en vista de que los franceses, dándose cuenta de su condición, lo atacarían por mar. Pero los capitanes le explicaron que ni sus hombres ni ellos podían caminar, estando todos tan fatigados. Entonces el Adelantado consintió en no forzarlos; sin embargo, salió don Pedro por el campamento para ver si había soldados que quisieran acompañarle a San Agustín, y encontró 35 entre ellos que se manifestaron listos a seguirle. Con estos hombres se despidió de sus capitanes, prometiéndoles que desde San Agustín enviaría navíos para que apresaran los dos bajeles franceses, así como una orden de despachar sin más tardar uno de los navíos a la Española, llevándose a las mujeres galas y a los mozos que habían salvado de la matanza. Añadió que debían volver con el galeón San Pelayo cargado de bastimentos para aquel puerto. Después de estas instrucciones, emprendió el regreso a San Agustín.

Ocho días después de haberse ocupado el fuerte de San Mateo, se quemó, así como gran parte de la hacienda y bastimento, empezando el fuego en la casa del Capitán Francisco de Ricalde, quien dijo que su criado, descuidándose con una vela, había causado el incendio; pero siempre se sospechó del capitán, por estar éste desconforme con el Comandante Gonzalo de Villarreal. Inmediatamente empezaron los soldados a alborotarse, diciendo que, puesto que no había

bastimentos, debiera arrasarse el fuerte y que fuesen ellos a México o a Lima en el navío que había enviado el Adelantado desde San Agustín. Se perdió el Galeón San Pelayo, con gran pena de don Pedro, que envió en su busca sin éxito a varios hombres. Mucho más tarde supo que los 15 luteranos que iban presos en el galeón, con la ayuda de otras personas, se habían levantado contra el navío, dando muerte al piloto y a los demás soldados católicos que le acompañaban, alcanzando la costa de Dinamarca. Se enojó mucho don Pedro al saber esto, pensándole no haberlos matado a todos ellos cuando tuvo tan buena oportunidad de hacerlo, diciendo que a los perros de tal fe era mejor ponerles cadenas y horca.

A los pocos días llegaron unos indios a San Agustín, y por señas indicaron que a cuatro leguas estaban muchos cristianos. Pedro Menéndez, creyéndolos de los suyos, tomó aquella tarde 40 soldados y fue a su socorro. Ya podemos imaginarnos su sorpresa y gozo al descubrir que eran luteranos y otros náufragos. Un francés que acompañaba a don Pedro le informó que, en verdad, todos eran de la nueva religión y que serían aproximadamente doscientos. Entonces el Adelantado dijo al francés que fuera para averiguar quiénes eran los españoles, que dijera a su capitán que era Virrey de aquella tierra por el Rey don Felipe, y que se llamaba Pedro Menéndez, etc.....

Partió el francés de nuevo y volvió en seguida pidiendo que dieran seguridad a su capitán y a otros hombres que deseaban hablar con él. Los recibió don Pedro con agrado. El Capitán de ellos dijo al Adelantado que se habían perdido en una tormenta cuatro galeones, que ellos eran gente de una de las naos y que pretendían pasar a

su fuerte que estaba a una distancia de 20 leguas de allí.

Les preguntó el Adelantado si eran católicos o luteranos, y dijeron que todos eran de la nueva religión. Entonces les dijo el Adelantado:

"--Señores, vuestro fuerte es ganado e la gente dél degollada, si no son las mujeres e mozos de 15 años abaxo, o para que sepais que cierto es ansí, entre algunos de los que aquí están hay muchas cosas y hay dos franceses que yo traje conmigo, que dixeron eran católicos..."

Los pobres franceses, convencidos de su triste situación, pidieron les diese navíos con que pudieran regresar a sus tierras de Francia. "Si fueran católicos, lo haría de buena gana", respondió Pedro Menéndez, y "si tuviera navíos para tal merced", pero no era así. Pidió entonces el capitán francés que les concediera la vida mientras esperaban la venida de barcos para llevarlos a Francia, pero el Adelantado no les dio promesa; sólo les advirtió que no les quedaba otra cosa que ponerse a su disposición. El francés regresó a su improvisado campamento para volver nuevamente a entrevistar a don Pedro, ofreciéndole que le daría 50 mil ducados a fin de que respetase sus vidas, ya que entre ellos venía mucha gente noble, a lo que respondió el español que, aunque él era un pobre militar, "no quería hacer aquella flaqueza".

Así, no habiendo otro remedio, los franceses tuvieron que rendirse. El Adelantado dijo entonces al capitán de ellos:

"Señor, yo tengo poca gente y no muy conocida e vosotros sois muchos, e andando sueltos, fácil cosa os sería satisfaceros de nosotros por la gente que os degollamos cuando ganamos el fuerte, e así es menester que con las manos atrás amarradas, marchéis de aquí a cuatro leguas, donde yo tengo mi real".

Los franceses manifestaron estar de acuerdo con esto, temerosos de que se repitieran las escenas del fuerte, y a ocho que dijeron que eran católicos los sacó de entre la fila don Pedro. Luego, dirigiéndose a uno de sus capitanes, mandó que los llevaran a todos a un arenal cercano por donde habían de caminar al fuerte de San Agustín y que allí los degollase a todos. Y dice Solís: "Así se hizo, dexándolos allí todos muertos".

Al día siguiente de su regreso a San Agustín, vinieron otros naturales y le indicaron que había otro grupo de gentes en cierta parte de la costa y que les parecía que salían cristianos del río. Tomó Pedro Menéndez 150 soldados consigo y fue en busca de éstos, que calculó ser gente de Juan Ribaut. Siguió su acostumbrada manera de ataque y logró amarrarles las manos a 334 franceses, a los cuales degolló a sangre fría en las arenas que poco antes habían recibido la sangre de sus deudos y compañeros. De este modo acabó el Adelantado con los herejes, "los perros" que eran de la nueva religión.

Se dice que al regresar a San Agustín, algunas personas "le notaron de cruel" y otras de haber hecho "como buen capitán".

"El catolicismo en aquellos días de la contrarreforma era una milicia osiega y brutal que no se satisfacía con menos que con

la sangre." Pero de otro modo, era éste el proceder de todos, ya - fuesen católicos o protestantes. Los fanáticos religiosos difieren poco entre sí, y vemos que en todos los tiempos las luchas religiosas -considerése la última guerra española- se han distinguido por su crueldad inmisericorde.

De especial interés es la conversación entre Pedro Menéndez de Avilés y los franceses, poco antes de la tercera matanza en que el Adelantado dice que "iba por mandato de V. M. a esta costa y tierra a quemar y ahorcar los franceses luteranos que hallase en c-lla, y que por la mañana iría a abordar con sus navíos para saber si era desta gente, porque siéndola, no podía dejar de executar la justicia en ellos que V. M. mandaba". Es decir que don Pedro no hacía, al ordenar la ejecución de los franceses, otra cosa que obedecer a Don Felipe II.

Ahora concatenemos este pensamiento con una carta de Pío V a Pedro Menéndez de Avilés, fechada en Roma el 18 de agosto de 1569, en la que este Papa confía en que el Adelantado -"amado hijo y noble varón" lo llama- sabrá cumplir "fielmente y con cuidado y diligencia" y con "discreción y ábito" los encargos que para la evangelización de la Florida le haya dado "Rei tan cathólico".

Lo mismo vemos en la carta real de complacencia otorgada a Pedro Menéndez por los servicios prestados en la Florida, escrita en Madrid el 12 de Mayo de 1566. En ella Don Felipe le dice al Adelantado entre otras muchas cosas, que

"en cuanto a la justicia que haveis echo de los luteranos

cossarios que en esa tierra abian querido ocupar y fortificarse en ella, para sembrar en ella su mala secta, y de allí continuar los robos y daños que havian hecho y hacían, contra todo servicio de Dios y mio, creemos que lo habreis ocho con toda justificación y prudencia, y nos tenemos dello por muy servido." Archivo del Conde de Revilla-Gigedo. Legajo 2, número 3; A. 4, números 3 y 4.

No importa la nación o la iglesia, la unión religioso-política siempre trae consigo la persecución. Véase, por ejemplo, el Puritanismo de las colonias de Nueva Inglaterra. Bajo el dominio del clero no había libertad religiosa. Se desterraban miembros de otras sectas protestantes que no estaban de acuerdo con la religión del estado, quienes hallaban abrigo entre los salvajes, menos fieros y terribles que sus conciudadanos.

Pasado un mes después de haber tocado tierra por primera vez en la Florida, ya había puesto fin el Adelantado a las esperanzas de los franceses, de poblar aquellas provincias; y no sólo había acabado con esperanzas, sino con galos también (más de seiscientos degollados, ahorcados y acuchillados).

NOTA: Conociendo las crueldades del Adelantado para con los luteranos franceses, ciertos náufragos galos en el Cabo del Cañaveral le pidieron que les perdonara la vida y los llevara consigo, dándoles igual ración que a sus propios soldados.

Empezaban a faltar los alimentos, por lo que le roga-

ron los suyos que fuera a Cuba con navíos a traer provisiones con - qué socorrer a San Agustín y a San Mateo. Así es que escogió el Adelantado para el viaje 50 marineros y soldados, 20 de ellos franceses. Andaban un poco inquietos, porque jamás bajel alguno había pasado por el Canal de Bahama directamente a la isla de Cuba, aunque ya lo habían intentado muchos. Aún en nuestro tiempo tienen los capitanes - que conocer bien esta ruta para guiar sus embarcaciones, a fin de que las naves de gran calado no sean llevadas a los escollos. Al cruzar el estrecho entre la Florida y Cuba fue azotado por una gran tormenta y, pareciéndole que no iba bien gobernado el navío, quitó el timón al que lo llevaba y gobernó hasta cerca de la mañana, cuando se lo entregó a un francés, muy buen marinero, que lo regía muy bien.

Se encontró con su sobrino Pedro Menéndez Márquez en la Habana, quien había estado muy triste pensando que se había perdido el Adelantado. Al saber que estaba salvo su jefe, todos los marineros empezaron a disparar salvas, a tocar pífanos y a hacer grandes aclamaciones. El gobernador García Osorio lo recibió de muy mal gusto, no mostrando alegría de que hubiese llegado. Esto le causó mucha pena al Adelantado porque lo había tenido por tan buen amigo que, siempre que veía a sus soldados descontentos y con hambre, les decía: "Esforzaos, hermanos, que García Osorio nos enviará bastante comida desde Cuba; porque en Sevilla me lo ofreció."

Al día siguiente fue Pedro Menéndez a visitar al gobernador y le pidió que le diera tres o cuatro mil ducados con que pudiera socorrer a la gente del Rey, pero García Osorio se lo negó. No se desanimó por esto el Adelantado, sino que, tomando testimonios para -

dar cuenta a su Majestad, desamarró. En una carta fechada en la Habana a 25 de diciembre de 1565 y dirigida al rey de España se puede ver su queja contra García Osorio. Dice al rey que fuera mejor, viendo la proximidad de la Florida y Cuba, reunirlos en uno solo con objeto de evitar conflictos.

Es de notar que Felipe II, reconociendo la justicia que tenía el Adelantado, le dió orden para que prendiese y enjuiciase a García Osorio enviándole a España, lo que hizo Pedro Menéndez, y de muy buena gana.

Surtos en el puerto de Matanzas, recibieron los marineros españoles noticias del Rey avisándole de que había salido de Francia una armada contra él, por lo que le enviaba una flota compuesta de 17 naves con muchos bastimentos, municiones y 1600 soldados. Fácil es de comprender el gozo del Adelantado y de sus hombres por tal noticia. Volvió pues a la Habana para esperar el socorro que le enviaba el Rey, y a la vez a burlarse un poco del gobernador.

A principios de enero de 1566 llegó Esteban de las Alas con dos navíos y 200 hombres, resto de la Armada con la cual había salido de España el Adelantado. Con bastimentos, y navíos, partió el 10 de febrero a buscar noticias de su hijo don Juan y de los que con él se perdieron mas nada logró saber y así tuvo que resignarse a su pérdida. Sólo supo que había supervivientes de una armada naufragada hacía 20 años que estaba cautiva en poder de un cacique llamado Carlos, nombre designado por su padre al saber que así se llamaba (según sus prisioneros) el mayor rey de todo el mundo Carlos V.

De su encuentro con el cacique Carlos, quien tenía la extraña costumbre de sacrificar cristianos a sus dioses ávidos de sangre, y de la amistad que trabó con él no gastaremos ni tiempo ni espacio; pero del inaudito acontecimiento en que se hizo bigamo el Adelantado, nos proponemos dar un pequeño relato.

Sucedió que para alegrar a los indios, leyó el Adelantado antes de una fiesta especial, unas frases que traía aprendidas en lengua de ellos. Eran las frases en alabanza de la hermana del cacique, que de antemano dió por hermosa. Durante la fiesta el cacique y su mujer comieron en un plato y la hermana y el Adelantado en otro. Parece que la señorita se enamoró de don Pedro, porque al querer éste retirarse a su nave, acabada la fiesta, le rogó el cacique que se quedara,

"que allí tenía dispuesto donde reposase con su hermana, porque - gran sorpresa a don Pedro - si se iba sin ella, se alborotarían los indios diciendo que se burlaba de él y de ellos, pues aviéndola dado por muger, la despreciaba en aquella forma, y no podía remediar lo que sucediese" ..

Trató de excusarse el Adelantado, diciéndole que los cristianos no podían dormir con mujer que no lo fuese en propiedad. Dió otras razones y al fin, Carlos le permitió salir, con tal que se llevase a la hermana, lo cual hizo don Pedro en vista de tal exigencia. La mujer era muy discreta y habiendo entendido las explicaciones del Adelantado, puso freno a sus inclinaciones por el momento y empezó a preguntar por las doctrinas de su religión. Aquella

noche fue bautizada esta india a la que se le puso por nombre Doña Antonia.

Pero en los fuertes de San Mateo y de San Agustín seguían los motines entre los mismos españoles.

Llegado un navío con socorro a San Agustín, antes de desembarcar nada, se apoderaron de él los amotinados y prendieron al Maese de Campo y a otros oficiales. Clavaron la artillería para que no se les disparara y saquearon por completo la casa de munición; escapándose de la prisión el Maestro de Campo, y siendo él hombre esforzado y decidido, necesitó poco tiempo para someterlos, colgando al Sargento Mayor, y señalando con el brazo al que pendía de la horca "sacando los tres cuartos de lengua y diciéndoles que ese era el camino y fin de los que traicionaban al rey Felipe y en consecuencia, a Don Pedro." Sin perder más tiempo desclavó la artillería y comenzó a dispararla para echar al fondo a los del navío. Apenas pudieron salvarse, cortando las amarras y saliendo a la mar. En esto llegó el jefe de los amotinados, el Capitán Juan de San Vicente, del fuerte de San Mateo y sus amigos lo pusieron al tanto de todo lo acontecido. Preguntó por los cofres del fuerte; por qué estos no estaban en la fragata como él había ordenado, mostrando que la trama contra don Pedro era completa y que los hombres estaban listos para hacer cualquier cosa para quitarse de tierra tan detestable.

No era en San Mateo menor el descontento y alboroto. Allí se hicieron todos a la mar, salvo Gonzalo de Villarroel y unos cuantos más; 21 personas en total.

Dos veces forzaron los indios San Agustín, llegando a quemar en una de las veces la casa de municiones y otra más del poblado. Estos triunfos de los salvajes hicieron dura la vida de los españoles, porque aquéllos se pusieron más y más osados, matando a todo español que cogieran.

Con todas estas vicisitudes y pérdidas de vidas, contratiempos con los temporales, tempestades, huracanes y traiciones de tierra, no pierde el Adelantado su esperanza de conquistar y poblar la Florida, y no se desprende nunca del ideal que le impulsa hacia adelante.

Después de salir de las tierras del cacique Carlos, mandó el Adelantado a Esteban de las Alas que llevase a Doña Antonia a la Habana, la cuidase bien y la enseñase en las doctrinas cristianas hasta que él mismo llegara. Entonces Pedro Menéndez se hizo a la vela con rumbo a San Agustín. Llegado allí, le informaron de los muchos motines que había habido durante su ausencia. Los perdonó a todos, "dándolo al fuego de la mocedad"; pero los amotinados le dijeron que habían resuelto abandonar aquellas tierras y trasladarse al Perú o Nueva España, para vivir como cristianos y no como bestias de carga.

Al fin dió permiso a más de 100 de los descontentos salir en una carabela, observando que tal gente en nada podía servirle, pero al piloto dió orden que los llevara a Puerto Rico, regresando a San Agustín lo más pronto posible con bastimentos. No obstante la bondad del Adelantado, los amotinados, estando apenas fuera de la vista de Don Pedro se rebelaron y obligaron al piloto a -

dirigirse a la Habana en donde esperarían la ocasión de pasar a Nueva España. Supo esto el Adelantado y pidió a la Audiencia de Santo Domingo que cogiera a los rebeldes y los enviara a España a las órdenes del Rey, mas no le hicieron caso en la Audiencia.

Inmediatamente después de estos sucesos partió el Adelantado para Guale y Santa Elena, habiendo primero reparado el fuerte de San Mateo y levantado los ánimos de sus soldados. Entonces emprendió la exploración de la tierra de Guale y Orista. Supo don Pedro en aquellas regiones que hacía ocho meses que no llovía. Logró hacer las paces entre Guale y Orista, diciéndoles a sus hombres principales que el Dios de los Cielos estaba enojado a causa de sus guerras, etc., y por esta razón no llovía. Le pidió entonces el cacique de Guale que implorara a su Dios que mandara agua para sus sementeras. Hallándose don Pedro en un predicamento, contestó al cacique que, cuando los indios hubieran dejado de luchar y quebrantar sus promesas de paz, entonces podría él desenojar a Dios, quien volcaría sobre sus campos "muchos cántaros de agua que tenía en las nubes". Juzgando que tenía el Adelantado las llaves de las fuentes del cielo, fue entonces el cacique a donde estaba la cruz y, arrodillándose ante ella, la besó para contentar al Adelantado. Sucedió esto como a las dos de la tarde, y antes del anochecer dio principio una gran tormenta. ¡Casualidad! como nos asegura el historiador.

Otra vez en San Agustín, acordó don Pedro con sus capitanes trasladar el Fuerte a la entrada de la barra. Hecho esto, supo que los soldados de Santa Elena se habían amotinado, haciendo prisionero a Esteban de las Alas, y se habían embarcado para la Habana. Así

segufian las deserciones. Decidió el Adelantado ir a la Habana; andando los de San Agustín mal de víveres y haciéndose a la vela, se encontró el primer día con Francisco Cepero, que conducía un navío con bastimentos. Le mandó que dejara en San Agustín lo que bien le pareciese y con el resto quedara en San Mateo hasta su regreso de la Habana. Le encargó también que enviara a Santa Elena un bergantín que allí quedaba cargado de maíz, con orden de que, hecha la descarga, le hundiese, para quitar a los soldados de la guarnición el recurso de escaparse, si se amotinaban de nuevo.

En la Habana se encontró con el licenciado Valderrama, visitador de los ministros reales de México. Hombre seco, árido, burocrático que, si bien le oyó pedir socorro para su gente en la Florida, ningún interés mostró en remediar la necesidad tan precaria en que se encontraban. Le negó el dinero como era de esperar; por lo que el Adelantado resolvió a sí mismo no volver a hacer ninguna otra petición durante su estancia en la Habana.

Dofia Antonia quería que él, como buen marido, se acostara y durmiera con ella al menos una vez. De las muchas razones de Don Pedro en contra de tal hecho, incluyendo la declaración de que los marineros nunca se acercan a sus mujeres sino hasta estar cuando menos ocho días en el puerto, podríamos deleitarnos mucho, pero no nos toca aquí descubrir la vida privada del Adelantado.

Al día siguiente se embarcó en el patache San Cristóbal para el puerto de Carlos, en donde arribó al tercer día. Llevaba consigo a Dofia Antonia, quien le pidió desembarcase con ella, a lo que respondió el Adelantado que le era preciso ir a buscar cristianos, que

estaría muy pronto de regreso y que cuando regresara, iban a levantar una casa entre los españoles en la cual pudiera vivir la princesa. Agregó que de todos modos era mucho mejor que antes de su regreso fuese la propia Doña Antonia quien explicara a su hermano en cuanto a la muerte de los indios que la habían acompañado a la Habana, para que sus familias no creyesen que él los había matado.

Contestó la india que diría cuantas cosas eran en su favor y que esperaba pronto su vuelta con mucha desesperación. Entonces llegó el cacique Carlos, su hermano, con doce canoas, y en verdad era interesante el recibimiento que hizo a Doña Antonia. Mandó el Adelantado traer la comida y tocar los instrumentos, como le era costumbre mientras se daba fiesta, porque era él muy aficionado a la música, como lo demostró otorgándoles la vida a los músicos entre los hugonotes que capturó en el vecindario de San Agustín, y dando la muerte a los demás, legos en tan bello arte.

Luego preguntó a Carlos el Adelantado si quería ser cristiano e ir a tierra de cristianos, o prefería que se le enviaran algunos misioneros para que lo doctrinaran. Después de hablar media hora más o menos con sus principales, le repuso Carlos que no podía hacerse cristiano ni ir a tierra cristiana, porque si lo hacía se levantarían sus vasallos contra él y le darían muerte. Con esto le encargó a Doña Antonia el Adelantado y se volvió a la Habana.

Estando otra vez en la Habana don Pedro, las autoridades le negaron el dinero que tanto necesitaba para comprar víveres para sus hombres en la Florida, y tuvo que empeñar hasta sus vestidos. Con los 500 ducados así conseguidos, compró maíz, carne y cazabe, con

que cargó tres bajeles a toda prisa y se hizo a la vela con poco más de 500 hombres, rumbo a San Agustín.

Parece haber sido su vida una sucesión de estorbos interminables, porque al llegar allí supo que el general y almirante - Juan de Avila, recientemente arribado con una flota de 17 navíos y 1,500 hombres, había rehusado reconocer como superior al Maese de Campo como Teniente General del Adelantado, diciéndole Juan de Avila que había oído que Pedro Menéndez de Avilés había muerto, y que él y sus capitanes estaban de acuerdo en no entregarle al Maese de Campo la gente; que tendrían que esperar allí hasta que su Majestad resolviera el problema. Supo don Pedro también que el Maese de Campo se había - portado como buen teniente, cediendo generosamente su derecho de mandar para que no hubiese "inútil competencia de jurisdicción".

Fue recibido el Adelantado por todos con extraordinario regocijo y, como era tarde, no bajó a tierra Sancho de Arciniega, sino que le envió los documentos que traía y entre ellos una carta del Rey en la cual decía éste que estaba muy contento por las cosas hechas - contra los luteranos, considerándolo como un magnífico servicio. Comprendiendo el alboroto que había levantado Sancho de Avila por negar reconocimiento al Maese de Campo como teniente, hizo el Adelantado - que dicho Sancho y sus capitanes se juntasen con él y les explicó claramente y con mucho refreno que debían haber obedecido al Maese de - Campo como a sí mismo. Entonces pasó revista a la gente que venía en la Armada y nombró Vicario de San Agustín al Licenciado Mendoza, "porque a simple vista se conocía que era persona más grave y de más honestas razones".

Hecho esto resolvió Pedro Menéndez de Avilés repartir 750 hombres entre los fuertes, y con los otros tantos irse con seis navíos y una fragata a recorrer el mar de las Antillas y castigar a los corsarios que descubriera en sus costas; pero antes de hacer esto reflexionó un poco y decidió explorar el Río de San Mateo, para descubrir sus secretos y las tierras de los caciques del interior. Después de recorrer 50 ó 60 leguas tierra adentro, desembarcó y siguió hasta que llegó al pueblo de Otina. Este cacique le pidió que no se acercara con más de 20 soldados y que pidiese a su Dios que lloviera en seguida porque el sol estaba devorando sus sembrados. Se rio don Pedro al oír tal petición, mas atendió haciendo alto. Luego escogió a una veintena de hombres y continuó con ellos.

Sucedió, sin embargo, que precisamente al momento en que entró al pueblo comenzó a llover. Al enviar don Pedro un mensajero al cacique, acerca de su llegada así como de la lluvia, encontró el enviado que el jefe indio se había escondido en el monte y que no se atrevía a salir a ver un hombre de tanto poder, a quien Dios nada negaba. Quería el cacique que se fuera el Adelantado de su territorio, porque entonces lo creería su amigo. Este informe dejó meditando al Adelantado, obligándolo a exclamar en forma poética,

"Si es aquesta tierra fragua
me piden que haga llover;
si viene conmigo el agua,
piensan que soy Lucifer.
¡Voto va! ¿Cómo entender
a esta gente de piragua?

¡Les vengo el agua a traer,
y luego corren del agua!"

Estando otra vez en San Mateo halló que todo andaba bien, mas pasando a Santa Elena vio a Esteban de las Alas metido en su fuerte, mientras que Juan Pardo levantaba casas para alojar a su gente, indicando así discordia entre los dos jefes. Se enteró del motín y fuga de sesenta soldados. Habló a éstos, tratando de animarlos, y entonces pasó a San Agustín cuya población también estaba alborotada, porque los soldados intentaron amotinarse para abandonar la tierra y el Maese de Campo, hombre de gran carácter, había ahorcado a tres de ellos y tenía preso a Pedro de Rodrabán, a quien todos atribuían aquellos desórdenes. "Aprobó el Adelantado, con harto dolor, según él, lo hecho por el Maese de Campo y mandó apartar los muertos que aún permanecían guindados y con la lengua afuera". Siempre le tocaba al Adelantado salir de un obstáculo para entrar en otro.

El año de 1567 fue otra vez Pedro Menéndez de Avilés a la Habana. Al tiempo de su salida, huyó al monte el capitán Rodrabán con intentos de pasar a la Nueva España, temeroso de sufrir igual suerte que los que había hallado colgados don Pedro por orden de su Maese de Campo. De alguna manera pudo haber llegado el desertor a la Habana también y se había hecho amigo íntimo del gobernador García Osorio, gran enemigo del Adelantado.

Pedro Menéndez en su estancia en Cuba dejó a Baltasar de la Barreda como capitán de la defensa del puerto de la Habana. Poco tiempo más tarde el gobernador pide a Barreda que venga a verle, que quiere hablarle en cuanto a las instrucciones recibidas del Rey

acerca de la defensa del puerto, etc. Acude a la cita el capitán con algunos compañeros suyos, y el gobernador ordena que éstos se vayan. Ahí le dice el gobernador que no le valen traslados de las instrucciones originales, por lo que dispone que todos los soldados del capitán Barreda se recojan a sus alojamientos, de donde no saliesen sin su licencia. Levantándose para marcharse Barreda, "abrazóse de él el Gobernador, diciendo: preso por el Rei y se echaron sobre él dos alguaciles y siete u ocho porquerones le agarraron, mas no pudieron quitarle la espada de la mano". Al ruido que hacían entró el alférez de Barreda, que era muy buen soldado, y viendo los maltratos y ataques que hacían a su capitán, embistió con ellos, haciendo huir a todos. Como es natural, tal incidente causó gran consternación por toda la Habana.

Por una carta recibida, el Adelantado se enteró de lo acontecido en Cuba: del mal trato dado a su comisionado Baltazar de la Barreda, de parte del gobernador, y de la llegada a la Habana del desertor, el Capitán Rodrabán. Disimulando su ira, partió de las tierras del cacique Carlos para buscar y aprisionar a Rodrabán. Este, al darse cuenta de los intentos del Adelantado, huyó a los montes, pero al fin cayó en poder de su perseguidor, después de un mes de búsqueda. Lo acusó de traición, permitiéndole defenderse con largueza, pacientemente, mas al fin lo condenó a muerte; "y queriendo egecutar la sentencia, fueron tantos los empeños, para que le otorgase la apelación, que le pareció convenia hacerlo así, más que por ellos, por justificar su modo de proceder". Hecho esto, regresó a la Florida con bastimento, donde, como era de esperar, encontró lo que siem-

pre aguardaba su regreso; alborotos, motines, disturbios. Remediados los desórdenes, se embarcó para España, llevando consigo al capitán Rodrabán para entregarlo al Consejo de Indias.

Llegó Avilés y encontró alborotada toda la villa con la noticia de su advenimiento. "No se puede encarecer el gusto y aclamación, no sólo de su muger y deudos, sino de todos los vecinos, que se hincaban de rodillas, levantando al Cielo las manos y daban gracias a Dios y al ver la fragata tan pequeña....se pasmaban. Salió el Adelantado y los soldados muy bizarros, disparando la artillería y arcabucería.... Fué el Adelantado a la Iglesia a dar gracias a Dios y de allí a su casa, acompañado de todo el pueblo. Recibiéronle su mujer, hijos, hermanos y sobrinos que estaban con ella, esperando a el Adelantado, como se podrá considerar, pues no le avian visto en 20 años".

Pasó don Pedro a la Corte de Valladolid, asiento de Felipe II, llevando consigo a los indios que había traído desde la Florida, bien armados de arcos y flechas, etc. El Rey estaba muy contento de verle y le dijo que tenía la empresa de la Florida por muy gran servicio; pero a pesar del gozo del rey no logró el Adelantado lo que tanto necesitaba; ducados para reembolsarle los miles que de sus propios bienes y herencia había gastado, porque muchos del Consejo de Indias estaban persuadidos de que exageraba el Adelantado la condición verdadera de los pobladores en la Florida y que no estaban tan necesitados como lo aseguraba don Pedro. Así andaban las cosas en manos de las dilatorias burocráticas, entre tanto los franceses, deseosos de vengarse de la matanza de sus compañeros en los are-

nales de la Florida, despacharon tres navíos con 200 soldados y 80 marineros bajo el mando de Domingo Gourgues quien, aprovechándose de la ausencia del Adelantado (que estando allí no se hubiera atrevido), se presentó en el río Mayo. Con la ayuda de los indígenas, y no obstante la resistencia de los españoles, logró tomar un fortín y luego por sorpresa el de San Mateo.

Saqueando el fuerte, mandó Gourgues ahorcar a todos los hombres que allí estaban "no por españoles, sino por traidores y homicidas, réplica a lo de no por franceses, sino por luteranos". Muy regocijado de su éxito, aconsejó Gourgues a los indios que no permitieran el regreso de los españoles, personas, según él, muy feroces e inhumanas, y a toda prisa embarcó en sus naos todo lo que consideró de valor. Supuso que hallaría en Francia una extraordinaria acogida; pero sucedió que, si no fuese por la protección de sus amigos, hubiera sido entregado al Embajador de España que tanto le reclamaba. ¡Así es la vida!

Volvió don Pedro a la Florida a comienzos del año 1572, después de cuatro años de ausencia, gobernando entonces su sobrino Pedro Menéndez Marqués. Al finalizar el año, dio orden el Rey para que el Adelantado se hiciera a la vela con la armada a perseguir a los corsarios galos, ingleses y negros cimarrones que infestaban las costas de Tierra Firme. Después de haber limpiado el mar de piratas, retornó a España en 1574, dando cuenta al Rey de cómo quedaban los negocios en la Florida.

Estando de regreso en España Pedro Menéndez de Avilés, el Rey Felipe, disgustado con los muchos agravios que sufría España

de los ingleses, le pidió que reuniese en el puerto de Santander una gran armada con la cual debía atacar a su enemiga insular. Gozoso de cumplir con la orden de su querido rey, así lo hizo Pedro Menéndez a toda prisa y logró armar más de 300 naves con más de 18,000 hombres, y "estando de salir, sin que entendiéndose para adonde era", enfermó el Adelantado. Fue el 8 de septiembre día de gran regocijo en que le dio el Rey al Adelantado la flota, día de fiesta y alegría, en que fue acometido por un "tabardillo tan violento, que le desauciaron". Recibió todos los sacramentos, testó, y el 17 del mismo mes murió. Fue su muerte causa para deshacer la armada y posponer la fecha del ataque, demostrando claramente la confianza que el Rey Felipe tenía en su Adelantado.

"Con razón ha dicho Pezuela, al tratar de la muerte de Pedro Menéndez de Avilés, que esa circunstancia determinó el que Inglaterra, un pueblo entonces de no más de tres millones de habitantes, no fuera incorporado a España. La muerte de Pedro Menéndez salvó a Inglaterra de una segura ruina."

El Adelantado Pedro Menéndez de Avilés tuvo un solo hijo, que se perdió en el mar mientras mandaba una flota a las Indias. Después de este desastre contaba mucho el Adelantado con la ayuda de sus dos sobrinos favoritos, ambos tocayos suyos: el menor, Pedro Menéndez de Avilés, 1548, hijo de su hermano, y el mayor, Pedro Menéndez Marqués, hijo de su hermana. El menor muere luchando con los indios. La primera parte de la carrera de Marqués está entretrejida tan íntimamente con la de su tío, que a veces es difícil distinguir entre los dos.

En agosto de 1570, cuando Esteban de las Alas, agotada su paciencia, decide salir de la colonia, se hace Teniente Gobernador de la Florida Pedro Menéndez Marqués, y por la influencia de su tío también es nombrado Teniente Gobernador de Cuba. Fue durante este período que escribió su carta a los soldados amotinados en San Agustín, con fecha de 7 de septiembre de 1570. Citamos la carta, escrita en letra arcaica, como la mandó a San Agustín desde el Río San Mateo:

"Señores soldados:

"Más a de beinte que supe como haciades ese nabio para os yr en el y dexar ese fuerte desanparado con el artillería y municiones de su majestad y cierto diome mui gran pena - quando lo supe por que es un negocio muy atroz y mal sonante porque amotinarse cien soldados donde ay quinientos no es - nada pero amotinarse soldados y dexar la fuerza es cosa pocas bezes bista y estando cercada una de muchos enemigos si la dexan aunque se bea claramente que se an de perder los castigan mui rrigurosamente quanto mas una fuerza que no - tiene enemigo ninguno sobre ella digo esto porque señores miren lo que hacen que yo poco culpa tengo ni tendre de su desgracia. por amor de nr señor miren lo que hacen y no se mueban por palabras de algunos que dizen que lo entienden (navegar) que yo en el tienpo que andaba por aq̄ con chalu- pas sin marineros esos que aora dizen que lo son me abieren hablado porque los sacara de la tierra y yo lo hiziera pero saben marinear y aVn mal de San agustin a la otra banda a buscar ostiones i no mas."

Les avisó también que había dado relación a su majestad del poco fruto que se hacía en la tierra para que su majestad pudiera proveer con el tiempo el remedio de su hacienda, y que fue cierto que a la gente mandaría salir de la tierra. Dijo también que si en todo el mes de marzo no hubiera aviso de su majestad, que él mismo estaría en San Agustín en el mes de abril con navíos y que los llevaría a la villa de la Habana para que de allí pudieran ir a España a cobrar sus pagos. Si durante el mes de abril no viniera o enviara navío para su viaje, que en cualquier navío que hicieran o tomaran se pudieran ir a la parte que les diera gusto y que él, desde entonces, por el poder que tenía les daba por libres y quitados de todo el mal que sobre esto les acusaran. No obstante, añade:

"Y esto prometo como hijodalgo de que se cunplirá como aq̄ lo digo y los que se fueren se desengañen que no pueden apartar a parte ninguna que no sea en mi gobernación y desengañoles que el que coxiere a de pagar no menos que con la vida. debajo de esto señores os rruego pido y amonesto que os esteis que yo cunplire lo que digo."

En aquellos días nadie quería vivir en la Florida. Hasta los que fueron pedidos para llevar puestos de responsabilidad, a menudo rehusaron, como pasó en el caso de Hernando de Mirando, quien repuso al ser nombrado "fator" y Vchedor de las provincias de la Florida, "que no aceptaba por estar enfermo y sin la salud necesaria para servir, y aunque Dios se la diese no estaba inclinado a servir en las dichas provincias de la Florida."

Y, ¿por qué no quería nadie vivir en la Florida? Ha-

bía tres razones especiales:

1o. LA DE LOS DAÑOS Y MUERTES QUE LES HACIAN LOS INDIOS.

El Adelantado Pedro Menéndez de Avilés, enojado a causa de la perfidia de los indios, pidió al rey que éstos se declarasen esclavos y citó numerosos ejemplos de su traición, entre los cuales mencionamos los siguientes:

A pesar del hecho de que él, Pedro Menéndez, había estado siete años en la Florida, procurando hacer todo lo posible para que los indios fuesen doctrinados y muy bien tratados, evitando que los molestasen, y a pesar de que él había hecho grandes amistades y traído a muchos de ellos a la Habana y vueltos a su tierra, ellos habían quebrantado muchas veces la paz, matando a numerosos cristianos. Varias veces los había perdonado, pero en balde, porque los indios estaban acostumbrados, desde el descubrimiento de las Indias, a matar a toda la gente de las naos que se perdían a lo largo de la costa.

Menéndez había avisado a los caciques que no lo hicieran, pues de lo contrario los destruiría, haciéndoles la guerra y que haría esclavos a los que tomara vivos. Prometieron los indios que mantendrían la paz, pero no cumplieron con su palabra. Tres veces concertó amnistía con ellos y tres veces quebrantaron sus votos, y viendo que a su salvo podían matar cristianos, lo hacían. En su relación al Rey, narra el Adelantado algunos acontecimientos para convencerle de que era necesario poner freno a las actividades de los salvajes.

"En Tocoboga, por engaño, mataron a veynete soldados/y en los Mártires abrá beynte meses que mataron a ocho espa-

ñoles de una barca que yba de la florida a la havana/ y en giga ques en la misma canal de bahama aviendo rrobado un cosario yngles un nabio de cueros echando la gente en un batel en tierra que eran de veynte y cinco a treinta personas debaxo de paz y con engaño estando ellos enderescando el batel para que tubiese mas bordo para irse a la havana los mataron a todos sino fue a una muger con dos hijos y vn hijo mochacho y un hombre que dejaron por muerto y bibio que despues yo hice sacar y llevar a la havana/ y otros dos navios que venian de nueva españa e yban a santo domingo a cargar de cueros y acucares q̄ Con tormenta Se perdieron en El cabo del Cañaveral a la salida de la canal de bahama. E yendose al fuerte de san agustin que ay treinta leguas En medio del camino mataron los mas dellos y otros dejaron bibos que se sirbieron dellos por esclavos que yo - despues rrescate y otros se acogieron al fuerte de san agustin."

Relata el Adelantado que otra vez, cuando salia de la Florida con fragatas para ir a la Habana, una tormenta echó a pique en el cabo de Cañaveral su embarcación; quince leguas más adelante en el canal de Bahama, en un río que se llamaba Ays, por llamarse así el cacique de aquellas regiones, otra tormenta le azotó. Y al ver tan buena oportunidad, mató el cacique a diez y nueve personas que iban en la fragata sin dejar ninguno vivo, recogióndose el Adelantado por milagro en el fuerte de San Agustín, con diez y siete personas - que llevaba. Por tres veces los indios dieron orden de acometerle,

pero por el temor que les infundió al decirle que detrás de él venían muchos españoles que los matarían si los encontrasen y, por lo tanto, debían internarse a los montes, le dejaron en paz. De esta manera - escapó y se salvó.

Durante su primer año en la Florida rescató el Adelantado a treinta y dos personas que habían pasado desde quince hasta veinte años como esclavos de los indios. Había algunos que se hallaron con doscientos treinta españoles juntos, hombres y mujeres, de buques perdidos, de los que cada año en sus fiestas los indios sacrificaban diez y siete o diez y ocho, haciendo sus bailes y ceremonias con sus cabezas. Por éstas y otras razones Pedro Menéndez de Avilés pidió al Rey la autorización para hacerles la guerra con todo rigor a sangre y fuego, y que los que se tomaran vivos pudieran ser vendidos como esclavos y ser expulsados de la tierra.

Otro testigo, Don Diego de Maldonado, bajo juramento dijo que un navío inglés atacó a otro navío español y echó a tierra la gente, por falta de provisiones o por quererlo así, y que el cacique, a quien llamaban Jega, había matado a unas veinte y tantas personas, dejando vivos a una sola mujer y a sus tres hijos, a los que rescató Pedro Menéndez de Avilés el mozo.

De Don Diego de Velasco, teniente general de las provincias de la Florida, tenemos un testimonio sobre el naufragio de un navío portugués. La gente saltó a tierra en una chalupa y los indios mataron a veinticinco de ellos, entre ellos a una mujer y a un niño "que tenía a los pechos y q̄ ambos a dos avían pasado de vn flechazo". Añade que había oído decir a soldados que residían en aquella tierra,

que quedarían en ella con mucha voluntad si tuviesen por cierto que, cuando estos indios hacían semejantes traiciones, se les diera castigo, porque de otra manera no podrían estar seguros una sola hora. Y que no les era posible andar por aquellas costas sólo con barcos necesarios para llevar bastimentos.

Un testigo más, don Diego Ruiz, natural de la ciudad de Segovia, prometiéndole decir la verdad, dijo que había visto cómo el Adelantado y sus capitanes habían procurado con mucha instancia la conversión de los naturales de aquella tierra, y para atraerlos a la paz les habían dado regalos, como ser: paño, lienzo, hachas, cuchillos y azadones, y además los habían traído a los fuertes, donde procuraban enseñarles la vida y costumbres de los españoles para que con más voluntad se inclinaran a ser cristianos; pero los indios, a pesar de haber prometido dar obediencia a su Majestad, siempre habían quebrantado las palabras y las promesas y habían vuelto a sus crímenes.

Otros testigos dijeron que los indios solían herrar en el rostro a sus cautivos que dejaban vivos; que el cacique Carlos había sacrificado a muchos de sus prisioneros, poniendo sus cabezas en unos palos; que a este mismo Carlos le gustaba mucho matar a españoles; que cierto testigo, Antón Pérez, un portugués, vio y contó al pie de un árbol más de cincuenta cabezas de cristianos que Carlos había sacrificado de las naos que en la tormenta habían llevado allí.

Pero los testimonios presentados por el Adelantado no produjeron resultado inmediato, porque notamos en una carta escrita por su Majestad, con fecha 19 de julio de 1574, lo siguiente:

"Que no ha lugar de probeherse por agora lo que se

pide por el Adelantado P. Menéndez cerca de dar por esclavos los yndios de la canal de bahama....."

Más tarde encontramos otra petición hecha por Menéndez, en que dio parte al Rey mismo sobre las condiciones que reinaban en la Florida. Dijo que, a causa de la dilación, el daño podría ser irreparable y pidió que todas las informaciones mandadas por él sobre el asunto fuesen reexaminadas. Añadió que él, andando ocupado en el servicio real en España y en Flandes, lejos de la Florida, no tendría la culpa si los pobladores salían de la Florida por el daño notable que recibían de los indios.

2o. FALTA DE ALIMENTOS.

El segundo gran motivo que hacía que los españoles en la Florida quisieran salir de allí, era la falta de alimentos.

Martín Díez, labrador residente en el Fuerte de San Mateo, al ser interrogado acerca de la vida en la colonia decía que había pasado más de cuatro años allí y que durante su primer año se le había dado ración cuando la había, y después nunca les había proporcionado ninguna cosa el Adelantado Pedro Menéndez de Avilés, ni de lo que les había prometido, que era de todo género de ganado: doce hembras y un macho. Declaró además que el Adelantado había prometido ponerlos en muy buena tierra y que las tenía y había tenido, pero en la costa de la mar que era toda arena y árida. Así todos habían padecido extrema necesidad de hambre y que su propia mujer había muerto de hambre. Y que, cuando el Adelantado les repartió doscientos puercos, lo hizo con la condición de que durante diez años no debían matar ningún animal y, pasado ese tiempo, tendrían que hacer una par-

tición de todas las crías por mitad entre los pobladores y el Adelantado, sin que éste hubiese gastado peseta alguna. Dicho testigo afirmó que en esa forma no quería recibir bestia alguna, porque el partido no le convenía, ya que la tierra no era buena para la cría de ganado. Los campesinos habían pedido al Adelantado que les quitara los ganados, porque les comían los maizales. Este testigo Martín Díez no sabía firmar, y rogó al notario Valmaseda, que firmara por él.

Otro testigo, Alonso Ruiz, soldado, cuando fue requerido sobre las condiciones en la provincia, dijo que el Adelantado había traído puercos, vacas, yeguas y cabras a la colonia, de los cuales se comieron las vacas, cabras y yeguas. Los indios habían matado todos los puercos. Este tampoco sabía escribir.

Un testigo más, quejándose del Adelantado, dice:

"Y de todo ello no se a cunplido a nossotros coza ninguna sino es tener nos en Vna yzla cercada de agua de la mar que tiene hasta una legua en largo y media en ancho poco mas o menos/ la qual yzla todas Vezes que son Aguas bivas la baña la mar la mayor parte de ella y siendo la tierra tan de la suerte questa dho no teniendo otro serbicio sino es nros barcos Aunque abemos Ronpido Vna poca de tierra que senbramos mayz para sustentar nros hijos con el trabajo de los assadones y porque la tierra no es para senbrar otro genero de pan porque aqui se a senbrado asadon Vn poco de trigo y sebada y despues de aber granado se Reviene con quedar sino el pellejo del propio grano quantimas que aVnque fuera la tierra fertil y larga no tiene temple ni se agosta la tie-

rra sino es con los yelos y demaziados frios que en ella haze por ynbierno ques dizienbre y enero porque por el mes de mayo y abril que biene criado el pan en esta isla no hace sino llover en todo aquel tiempo ques quando senbramos y cojemos mayzes y ansi emos passado y passamos grandes travaXos a causa de cer poca la cossecha que en ella coXemos con demazia de travaXo por no haber cumplido con nossotros como esta dicho/ y anci tenemos gastados todos nras haziendas de las quales benimos bien Acomodados y otras cozas como Jente labradores que eramos en españa/ y ansi estamos aqui perdidos viejos cansados y llenos de enfermedades/ ansi dezimos que no estamos para poblar por las caucas ya dichas y ansi pedimos y requerimos a V.m. una y dos y tres becos y todas las que de derecho deVemos nos mande dar licencia y nabio para yrnos desta tierra a donde su mag. diere mas lugar y fuere mas serbida fuera destas probincias adonde nossotros Remedios nras perdidas y trauaXos passados."

Juan López de Paredes, soldado de la Florida, juró lo siguiente:

"los soldados del dho fuerte de Sant agustín se les a dado algunas veces raciones de bizcocho y mayz arina y tasajas de vino quando la avía y hazeite y otras cosas si las avía y quando no la ay comian yerbas pesCado y otras sabandijas lo cual duro mucho tp̄o y q̄ la culpa dello no lo sabe este t^o mas de que padescian extrema necesi-

dad y tambien de bestidos y que la Costa de la florida es arena muerta y esteril pero la tierra adentro es mejor."

30. AGRAVIOS RECIBIDOS DE OFICIALES

El tercer motivo que los hacía querer salir de la Florida, se debía a los agravios y daños que los soldados y pobladores habían recibido de sus gobernadores y capitanes.

El testigo Martín Diez, juró delante de Francisco de Valmaseda, escribano de cámara del Consejo de Indias, que cierto Juan de la Bandera, siendo por el espacio de dos años gobernador y lugarteniente de Pedro Menéndez de Avilés, había hecho muchos agravios a los pobladores

"especialmente consumiendo los mantenimientos y municiones de su magestad y vendiendo los mantenimientos en partes que el tenía Señaladas para ello y por esta causa los dhos pobladores padecían mucho trabajo y necesidad y no se les dava de Comer ni raciones/ Y hera tanta la esterilidad (de la tierra) que de hambre salian con sus mugeres E hijos por las costas a comer marisco y ostiones porq̄ a no hazello asi perecieran de hambre/"

Añadió también que cada vez que el dicho Juan de la Bandera quería algo de las casas de los pobladores y que le fuera negado, los trataba muy mal de lengua y de manos, dándoles de palos, tomando lo que deseaba a toda costa. Y además de esto había visto que este gobernador, queriendo aprovecharse de cierta mujer casada, había enviado al marido a España mientras él gozaba de ella en una

casa que mandó construir sin orden de su general a poca distancia del Fuerte.

Alonso Martín, procurador general de las provincias de la Florida, presentó ante el señor alcalde de Santa Elena, Diego Hernández, una petición que contenía once preguntas, habiéndola presentado anteriormente al Adelantado Hernando de Miranda y recibido su sanción, agregando éste que delante del escribano Gonzalo López estaba dispuesto a sostener las aseveraciones en cualquier momento. A continuación presentamos dichas preguntas:

1. Si conocen al Adelantado Pedro Menéndez de Avilés y a los pobladores de Santa Elena.
2. Si saben o han oído decir que vinieron a la Florida por virtud de una provisión real en la cual se les prometió que les darían ganado, labranzas con exención de tributos y les pondrían en buena tierra, etc.
3. Si saben que no se han cumplido las promesas referentes al ganado y al repartimiento de terrenos, digan lo que saben.
4. Si saben que hace siete años que los pobladores están en esta isla rodeados de la mar salada y de pantanos salados, la isla siendo una legua en largo y media legua en ancho, digan lo que saben.
5. Si saben que han traído ganado, puercos, vacas y cabras que han muerto por no poderse multiplicar o conservar a causa de ser la tierra tan pantanosa y desaprovechada, digan lo que saben.

6. Si saben que treinta leguas de esta isla la tierra adentro es como esta isla y peor, digan lo que saben.

7. Si saben que desde esta isla a la dicha tierra adentro no se puede entrar con canoas por ser toda pantanos y tierra de muchas ciénegas y aguas, digan lo que saben. (Condición que bien puede afirmar el ciudadano actual de la Florida.)

8. Si saben que en esta isla no se puede criar otro género de mantenimiento sino el maiz, y que se han muerto algunas personas por faltade otra comida, que digan lo que saben.

9. Si saben que al sembrar y cojer el maiz "no se pueden valer con grajos, gusanos, y topes y Ratones e arduillas y zorros y otras sabandixas malas que sobre ser poca la sementera y sembrada al asada y a poder y fuerza de brazos estas sabandixas lo menosacaban y sino fuesen guardada no cojerían nada" digan lo que saben.

10. Si saben por no haber cumplido con ellos ni haberlos puesto en buena tierra, han pasado "muchos trabajos de hambre, estamos perdidos, viejos y cansados, digan lo que saben.

11. "Si saben o vieron o oyeron como a los dhos pobladores se les an hecho muy grandes agravios y afrentas por los goVernadores que an goVernado en estas probincias y an tratado muy mal y afrentossamente a los alcaldes ordinarios y Rexidores menospreciandoles y e--

chandoles presos porque escrevian a su mag lo que en estas probincias pasaba y ansi mismo a los procuradores por pedir justicia los afrentaron y la negava" como pasó a Francisco Rhys, procurador general y a Juan Serrano, procurador general y al dicho Francisco Ruys, siendo alcalde, digan lo que saben.

Lo siguiente consiste en extractos sacados de algunos testimonios: Cierta testigo, Rodrigo Menea, contestando a la segunda pregunta, dijo que lo que sabia era verdad. Por causa de la dicha provisión salió de su tierra y de su natural y vendió mal su hacienda y la malbarató por gozar de lo que en la provisión habia. Y a la oncena, que habia visto a los gobernadores poner la mano en los vecinos sin temor de Dios y de la justicia y del Rey; y que el mismo trató un negocio con un gobernador que se llamaba Pedro Menéndez de Avilés y que apeló de cierto agravio que le habia hecho dicho gobernador, y éste le respondió que apelase a Dios. Otros testigos dijeron que no sabian en cuanto a ciertas preguntas pero en lo que les correspondia, es decir, necesidad de hambre, falta de buena tierra, promesas no cumplidas, etc. todos concordaban.

Dijo el testigo Juan Serrano, que habia visto al Adelantado traer cabras y puercos a la isla, y que las cabras se habian pelado y muerto porque toda el agua era de pantano, añadió que habia visto "los puercos no ir adelante más que no sabe la causa y que esta es la Verdad so Cargo el Juramento que tiene hecho".

Estas quejas fueron presentadas en marzo de 1576, y el 3 de noviembre del mismo escribió el Rey, tocante a la petición lo siguiente: "cuando ha venido la visita, se proveerá lo que conviene".

Así es que, no habiendo resultado inmediato, los pobladores enviaron al señor Francisco Ruíz a la corte para suplicarle al Rey que les diera licencia para salir. Mientras en la Florida los indios se habían alzado, tomando y quemando la fortaleza de Santa Elena y matando a más de treinta personas que estaban en ella, entre las cuales había, sin duda, unos de los desdichados que habían rogado al Rey que los sacara.

Tenemos informe del levantamiento de los indios gracias al Señor Don Cristobal de Erraso, caballero del hábito de Santiago, capitán general por su majestad de la real armada de la guarda de las Indias, quien mandó aparecer delante de él varios testigos que hubiesen presenciado los acontecimientos ya mencionados. Primero habló un marinero, Pedro Gómez que dijo que hacía casi ocho meses había llegado su barco a la Florida junto al fuerte de Santa Elena donde echaron las anclas, que allí supieron como el alférez Moyano con otros veinte y un soldados habían ido a un pueblo de indios que llamaban Oristan en busca de provisiones. Dos o tres días después de la llegada del barco llegó al fuerte un soldado de los que habían acompañado a Moyano y relató a las demás personas en el fuerte lo que había pasado al alférez y a sus compañeros.

Parece que Moyano había pedido al cacique Orista y

a los demás caciques que estaban en él celebrando una fiesta, que les dieran de comer a él y a sus soldados. Aquellos respondieron que no tenían nada que darles. Entonces el alférez echando mano a su espada fue a donde los indios tenían sus ollas y comió todo, no dejando nada. Viendo esto, los indios habían huído al monte, acompañados de sus mujeres e hijos, lo que no pareció bueno a varios de los soldados quienes avisaron al alférez que se fuesen al fuerte. Pero Moyano respondió que callasen, que él iba a quedar allí, y se burló de ellos. Así esperaban los soldados con los arcabuces y mechas encendidas hasta que se les acercó un viejo cacique que preguntó al alférez que qué hacían allí, si querían hacer guerra a los indios, etc. A lo cual respondió Moyano que no venía a hacer guerra sino a alojarse con ellos y pedirles de comer. Entonces el cacique le preguntó por qué traían las mechas encendidas si querían que los indios volvieran sugirió que las apagasen. El estúpido alférez mandó apagarlas y cuando el cacique las vió así, dió un fuerte alarido y los indios salieron del monte matando a todos los españoles con excepción de uno (el testigo). Este Calderón había venido huyendo fuera de camino. Añadió que pocos días más tarde vió venir a los indios para atacar la isla y un soldado que fue a cuidar unos puercos jamás volvió.

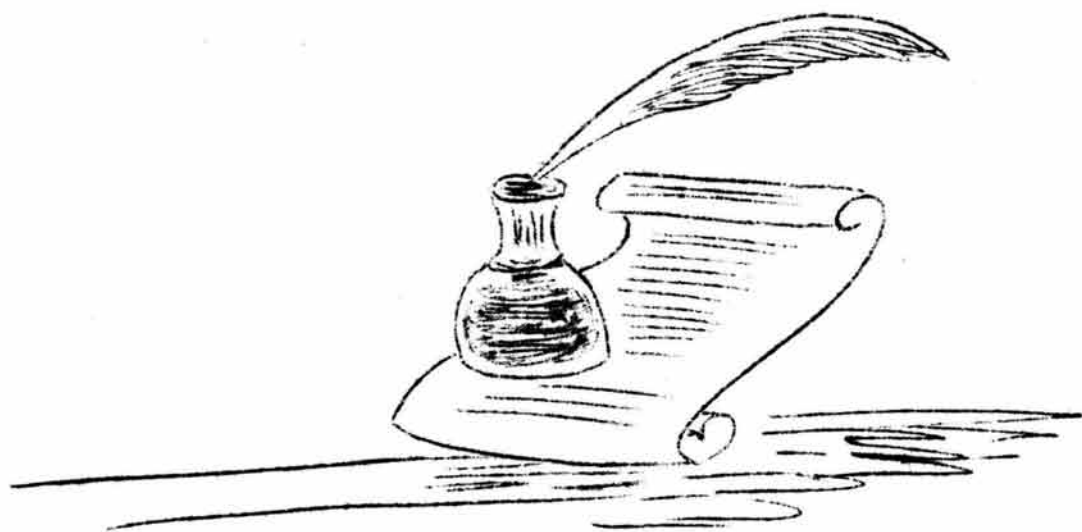
Relató también el afortunado Calderón que en ese tiempo el Señor Pedro Menéndez de Avilés el mozo y ocho otros acababan de pagar a la gente del fuerte de San Agustín e iban en una chalupa para pagar también a los del fuerte de Santa Elena, y estando junto a un pueblo que llamaban Guale, se detuvieron para ha-

blar con los indios. Uno de los caciques dijo que saltasen a tierra, que comieran y reposaran. Así lo hicieron los confiados hispanos y apenas hubieron desembarcado los indios los mataron a todos.

Al día siguiente vinieron más de quinientos indios sobre el fuerte de Santa Elena para trabar batalla con los que estaban dentro de él, y el gobernador Hernando de Mirando, viendo que el fuerte estaba por caer y siendo apremiado por las mujeres que lloraban y decían que estaban solas y que sus esposos habían sido muertos todos y que él las tendría que sacar de allí, mandó que todos se embarcaran. Entonces los españoles, habiéndose escapado y estando a cierta distancia del fuerte, vieron como los indios atacaban su fortaleza y pusieron fuego a él así como a las casas. Dijo este testigo que toda la gente fue a San Agustín y se quedó allí, pero el general Hernando de Miranda partió para España, dejando en su lugar a Gutiérrez de Miranda con dos capitanes, Rodrigo de Junco y otro de apellido Quirós, con sesenta o setenta soldados.

EL VISITADOR

BALTASAR DEL CASTILLO



Durante el período en que España tenía sus dominios repartidos por todo el mundo nuevo, solía enviar a veces a dichas colonias ciertos hombres con la responsabilidad de averiguar si los oficiales se habían portado de una manera justa y eficaz; si habían sido honrados con la Hacienda del Rey etc. Aquellos hombres llevaban el título de "visitadores" y tenían derecho de hacer cualquier investigación tocante a los negocios privados y personales de los oficiales de la colonia y aún hasta los del gobernador mismo sin consecuencia alguna.

Acerca de su visita a las provincias de las Floridas dió al Rey el Visitador Baltazar del Castillo y Ahedo la siguiente información con fecha 12 de febrero de 1577.

Dijo que el mes pasado había escrito al Rey dándole cuenta del estado en que estaban las cosas en la Florida y de como se había perdido la ciudad y fuerte de Santa Elena. Todo esto había sabido de los pobladores de Santa Elena que lograron llegar a la Habana. Ahora, él mismo, después de "haber padescido un gran dísimo temporal de norte" había estado en la Florida y había visto las condiciones que existían en ese lugar. Declaró que su visita les había agradado mucho a los pobladores de allí que a causa de las cosas que habían sufrido, deseaban mucho que el Adelantado Pedro Menéndez de Avilés y los demás oficiales reales ya muertos, es tuviesen vivos para que los pobladores pudieran vengarse de los mu chos agravios que les habían hecho. Observó Castillo y Ahedo que el capitán Gutierrez de Miranda estaba fortificándose y procurando poner el Fuerte en buen orden. El visitador y el capitán concorda

ron en emplazar once piezas de artillería en lugares estratégicos enviando al rey, el mismo Castillo un modelo del fuerte, con las siguientes palabras: "que como por él se verá que por gran descuido y mala orden se podría perder y no de otra manera."

Había también en el fuerte diez plazas ocupadas por enfermos inválidos, mujeres y criaturas desdichadas que no habían recibido ni un real de la hacienda proveída del Rey desde hacía quince meses. Castillo recomendó que se les pagara tan pronto como fuera posible. Tomó preso a Diego de Velasco y señaló a Doña Mayor de Arango, viuda del tesorero Pedro Menéndez de Avilés el mozo, que tomara la casa por cárcel y así la tenía presa porque por un libro de cargo de su marido parecía que se había dejado de hacer un cargo de mucha cantidad de dinero a favor de la hacienda real. Debido a los cargos hechos contra su marido, ella no debía usurpar y esconder bienes como era bien claro que lo hizo.

Encontró el visitador en su vista, muchas dificultades y contrariedades. Por ejemplo al mandar al alguacil mayor que llevase preso a Francisco de Santaren, de quien se sospechaba haber recibido bienes de Doña Mayor, no quiso hacerlo dicho alguacil, diciendo que era menester que el gobernador se lo ordenara. Entonces pidió Castillo al gobernador que le diera su cédula para facilitar la visita; pero el gobernador decidió no dársela, aconsejándole que si deseaba alguna cosa que acudiese a él. Así Castillo rogó al Rey que le invistiera de suficiente autoridad para que procediera en sus comisiones y pusiera oficiales necesarios, a fin de que fuesen sentenciados los culpables etc. De otra manera no -

le sería posible ejecutar lo que convenía al servicio de Su Majestad. Añadió, para hacer hincapié sobre lo dicho, que cierto Juan Gómez de Hubiedo, a quien había mandado prender, todavía andaba libre por la villa aunque de las manos de dicha Doña Mayor había recibido ochocientos ducados, los cuales había enterrado y escondido.

Contra Esteban de las Alas dijo:

que éste (ya difunto) durante el tiempo en que fue teniente de gobernador, hizo algunos cohechos por dejar sacar gente de aquellas provincias; que por mano de tres criados suyos vendió muchas provisiones de vino, harina y aceite en tabernas y tiendas públicas provisionales de la hacienda de Su Majestad destinadas para la gente de la colonia.

Contra Juan de Junco:

que como tenedor de bastimentos y municiones, debía dar su cargo, como era costumbre, pero no lo presentó, diciendo que en las quemas de los fuertes y en motines se le perdieron los papeles. Dijo Castillo que dicho Juan de Junco no tenía bienes y que al cabo la culpa era del difunto Adelantado Pedro Menéndez de Avilés que tuvo la inadvertencia de morir sin dejar hacienda de que se podía cobrar.

Contra Pedro Menéndez Marqués:

que había entregado en el año 1570 a Juan de Soto en la villa de la Habana once mil ducados de la hacienda del Rey. Juan de Soto a su vez los había entregado a Pedro de Castillo, muy amigo de Pedro Menéndez de Avilés entonces Adelantado. Sugirió que la desaparición de tanto dinero debiera investigarse.

Contra tres otros oficiales que ya eran muertos:

que no hicieron cargo al tesorero Pedro Menéndez Marqués; que no le tomaron cuentas y casi no había libros.

Contra Don Diego de Velasco:

que generalmente trató mal de palabra y de obras a los pobladores y soldados. Por ejemplo, tuvo preso a Francisco Ruiz, alcalde, y le golpeó en la cara repetidas veces porque ante él se habían hecho ciertas quejas para enviar al Rey, y lo mismo hizo a Domingo de León, notario, porque también había recurrido a él para dar informes al Rey de parte del comisario Fray Diego Moreno. Se les tomó y mantuvo nueve días presos; que trató mal, con muy feas palabras a las mujeres "así casadas como de otra cualquier suerte sin ~~r~~razón y por cosas muy libianas." No consintió que se diera información alguna para enviarla a la corona. Por esta causa ninguna persona osaba pedir justicia. Ni consintió tampoco Diego de Velasco que salieran cartas de la Florida para Su Majestad o para otra persona, ni permitió que salieran de Santa Elena, en donde vivía, para San Agustín; y para tomarlas hacía grandísimas diligencias. Permitía la salida de la correspondencia que quería y retenía de la que tenía sospechas.

Otro cargo fue que tenía veinticinco o treinta plazas ocupadas por criados suyos, hombres inútiles o indios y que dió cuatro mil quinientos ducados extras a personas que no los merecían, para después apoderarse de ellos. Por estas y muchas otras razones, Castillo expropió los bienes de Velasco y lo encarceló en una fortaleza de la Habana. Luego averiguó el valor total de su hacienda a fin de que devolviera al Rey todo lo que había -

usurpado.

Hizo también el capitán Gutierre de Miranda unos cargos: que tan pronto como llegó a ser gobernador no permitió salir cartas de la provincia; que tomó un pliego de cartas que Don Diego de Velasco escribió al Rey y que las abrió y leyó. Dicho Gutierre de Miranda tuvo

"una querrela Particular de Vn soldado sobre hacerle besar a Vn perro. Por ser una querrela entre partes se sustanció el proceso hasta la definitiba, y por ebitar escandolos, lo sentencio declarando que el soldado no pudo Recibir afrenta ninguna por ser su superior y Por estar gouernando le condeno al dicho gutierrez de miranda - en las costas del proceso."

Añadió que el escribano de la tierra no tenía habilidad para desempeñar su cargo y que pedía al Rey los proveyera de uno - entendido en el ramo.

Declaró el Visitador que de tener facultades dicho - Capitán Gutierre de Miranda no quedaría como gobernador por la poca experiencia que había tenido y por la mucha violencia que le - caracterizaba; pero, mostrándose no estar perjudicado por completo contra Miranda, informó al Rey que el capitán era un buen soldado bajo la dirección de otra persona.

En cuanto a la moral, deseaba el Visitador que fuera bastante elevada. Cita el ejemplo de una mujer que se llamaba - Gerónima Hurtado. Declara que ella confesó haberse casado una vez - en Sevilla y otra en la Florida, y que estaba viviendo en ese enton-

ces con un soldado cuyo nombre era Juan Fernández. Sabiendo esto, Castillo la hizo prender y tomó su confesión en la cual nada le ocultó. La llevó presa a la Habana, y en vista de que era tan pobre, pidió Castillo que se hicieran pronto las diligencias para llevar a cabo el negocio y que fuese castigada inmediatamente. De otra manera por parte de ella nunca se habría acabado. Suplicó a Su Majestad que le dijera lo que debía hacerse.

Le tocó librar a unas indias a quienes Don Diego de Velasco no quería libertar. Las hizo traer ante él diciéndoles mediante intérprete que su Majestad era servido que ellas tuviesen libertad. Las dió por libres con otra mujer, vendida en veinte y cinco ducados, y un muchacho, por pregón público.

Divulgó el hecho que los oficiales de la colonia no tenían salario ninguno y así pasaban en las plazas militares sin atenderlas, por lo que pidió al Rey que el número de oficios fuese disminuido y a los que quedaran se les diera un salario a fin de que pudieran vivir honestamente.

Envió información sobre los pagos que se debían a los soldados. Se les debía quince pagos, mas había dinero de que él les pudiera ayudar o enviar bastimentos. No podían cultivar la tierra porque estaban rodeados de indios, por lo tanto, rogó al Rey que le diera autoridad para que se le entregara allí un poco de dinero con que socorrer a los colonos.

Otra cosa que molestaba mucho al visitador Castillo y Ahedo fue que su propio salario nunca llegó a mantenerle adecuadamente, así escribió que los doscientos setenta y cinco mil mar

vedies que su majestad le proporcionaba cada doce meses no eran -
suficientes. "Suplico a V. Md pues me tiene puesto en estado en -
que le sirvo y tan costoso me haga alguna mrd de manera que me Pue-
da sustentar con ella y mandar que se me Pguen mis salarios de qua-
lesquier dineros que Vbiere en la caja desta villa anticipandome -
de otros porque de otra manera no ay cobrarillo."

Acaba su carta de esta manera; de la havana y de he-
brero doce de mill y quinientos y setenta y siete años.

C. V. C. R. md

Humilde Vasollo y Criado que
los Reales Pies y manos de V
mgd Vessa Baltasar del Casti
llo y Ahedo

(Rubricando)

De la pluma de Bartolomé Martínez, contador de las
provincias de las Floridas, tenemos un relato interesante de los -
sucesos en la colonia durante el año 1576. Dice que escribe la -
carta porque sabe que está haciendo un servicio primeramente a -
Dios nuestro señor y a V. majestad." Comienza con la llegada del
General Hernando de Miranda en Santa Elena con cédula del Rey en -
que mandaba Su Majestad que fuese obedecido como el Adelantado Pe-
dro Menéndez de Avilés. Y así, Don Diego de Velasco le entregó el
gobierno de aquel fuerte. Después de esto se ocupó el recién lle-
gado en tomar residencia al dicho Diego de Velasco. Habiendo pasa
do más de un mes en San Agustín, salió Miranda para la Habana, de-
jando preso a Don Diego por haber tomado de la hacienda de Pedro

Menéndez de Avilés. Puso en su lugar como teniente en Santa Elena a cierto capitán Alonso de Solís, el cual, al verse sin superior en el gobierno, molestó tanto a los indios que no le pudieron soportar. Mató a un cacique llamado Humalo, sin más razón que la de querer hacerlo. Degolló a otro en Guale y ahorcó a uno más en Santa Elena. Eran indios principales y muy temidos en aquella tierra, y así, viendo la crueldad del nuevo gobernador, determinaron los indios rebelarse. De esta manera tenemos la causa de la insurrección de los indios y las crueles matanzas hechas a los españoles.

Sigue Martínez diciendo que el nueve de agosto, habiendo llegado Hernando de Miranda al fuerte de San Agustín, le nombró éste contador de la provincia. El aceptó el puesto, sabiendo que así hacía un servicio a su Majestad. Dio la fianza pedida y esperó su salario, pero no había recibido más que una plaza muerta de soldado, - que era gran miseria. Suplicó al Rey que considerara su pobreza y le diera algo con que pudiera sustentarse a sí y a su esposa e hijo, - porque

"juro a V. mag. tt a ley de Xpiāno que perdi en el fuerte de santa elena donde yo moraua mas de quinientos ds^o de hacienda y la esperanca de muchas Riquecas sino sucediera lo que sucedió."

Escribió también al Rey que la llegada del Visitador - Baltasar del Castillo y Ahedo les dio mucho contento, más aún cuando la gente pensaba que el Rey ya los había olvidado y estaban en gran angustia. Les parecía que no vendría remedio de ninguna parte porque no se permitía a nadie avisar al Rey lo que sucedía. Por ejemplo, el te-

sorero Pedro Menéndez de Avilés el mozo, ya difunto, había cobrado una gran suma de dinero de la hacienda de su Majestad, de los que faltaban más de quinientos mil ducados. Por esa razón ante escribano habían requerido al general Hernando de Miranda que no se fueran Doña Mayor y los demás herederos de los oficiales con la hacienda que tenían. No solamente no permitió que salieran, sino también amenazó a todos los que sugirieron que a Doña Mayor se le decomisaran sus bienes, diciendo él que no tenía autoridad para hacerlo. Cuando llegó Castillo podían entregarle sus muchas protestas.

Dijo Bartolomé Martínez que cobró de la hacienda del Adelantado hasta veinte mil reales que los soldados de la provincia le debían, y Don Diego de Velasco, siendo teniente general, se los tomó, diciendo que los tomaba en cuenta de una mayor cantidad que el Adelantado le debía. Y como era Velasco señor absoluto a quien no podía resistir nadie, se los entregó no de agrado, sino de fuerza. Dijo que había sufrido grandes miserias a causa de aquel dinero, porque el general Hernando de Miranda, al regresar a San Agustín y saber que Martínez había entregado tal cantidad a Don Diego, lo mandó encarcelar, quien rogaba ahora al Rey que se condoliera de su pena y proveyera lo que convenía al servicio del Señor y de su majestad para que él no padeciera más molestias.

Añadió que había servido muchos años en la Florida; había padecido muchas miserias, no porque era tan mala la tierra como la tenían muchos, sino por el mal orden que los gobernadores habían tenido y por ser su caudal poco para conquistar tanta gente y esa gran tierra. Y entonces comienza, con gran imaginación, a des-

cribir la tierra "que todo el mundo dice es mal". Ha visto poderosos ríos de agua dulce, grandes vegas y elevadas sierras tierra adentro, y muy grandes muestras de muy finas perlas y minas de plata, etc. Y después de una descripción exagerada de la fertilidad de la tierra - en la vecindad de San Agustín, acaba su narración suplicando al rey que se condoliera de su pobreza, porque en verdad vivía en la miseria, ya que todo lo había perdido en la ciudad de Santa Elena.

Como resultado de la carta de Martínez y las informaciones enviadas por el Visitador Baltasar del Castillo, el Consejo de Indias propuso que Pedro Menéndez Marqués fuera nombrado gobernador interino de la Florida; que a Hernando de Mirando, que había abandonado el fuerte de Santa Elena y salido con todos los dineros que pudo llevarse y de quien no conocían su paradero, se le apresara. Por lo que enviaron cédulas a todos los puertos para que, si acudiese a cualesquiera de ellos, le prendieran y confiscaran sus bienes hasta que investigaran totalmente su culpabilidad y lo enjuiciaran.

Creía el Consejo que Pedro Menéndez Marqués, almirante de la armada de las Indias, estando en ese tiempo en Sevilla y a punto de partir, era capaz de poner en orden la región de la Florida y así pidió al Rey que le enviara el respectivo nombramiento, mandándole que fuera en seguida a aquellas tierras. Y con prisa loable - firmaron los miembros de aquel Consejo agosto.

Pedro Menéndez Marqués, al saber que era nombrado gobernador de la Florida, escribió al capitán general de la armada de las Indias, Don Cristóbal de Eraso, pidiendo que le prestara dos fragatas de la armada para la protección de sus soldados y labradores,

mientras trabajaban en reconstruir el fuerte de Santa Elena, cosa peligrosa en vista de que los indios dominaban la isla y tendrían que ser arrojados de allí. Don Cristóbal le proporcionó una fragata y cuarenta soldados, avisándole que eran suficientes para sus necesidades.

Desde la Habana, el 20 de junio de 1577, Marqués dio parte al Rey sobre los vecinos de Santa Elena que se habían refugiado en Cuba. Dijo que no había encontrado a todos ellos porque ya habían pasado a Nueva España y a otras partes, y que le quedaban solamente cuatro casas de hombres viejos e inútiles, cargados de hijas, y así le era imposible recoger los labradores como lo mandaba el Rey en su cédula. Le parecía menester no llevar personas tan inútiles a la colonia, sólo para darles de comer, porque les sería imposible cultivar el terreno hasta que hubiera paz.

En otra carta escrita desde Santa Elena, Marqués dio cuenta al Rey sobre lo que le pasó después de su llegada a San Agustín. Halló al capitán Gutierre de Miranda muy necesitado de bastimentos, defendiéndose contra los indios que siempre estaban procurando quemar el pueblo, el que encontró destrozado por completo; las casas deshechas y todos los hombres, mujeres y niños recogidos en el fuerte, porque aparte de la guerra con los indios, el mes de diciembre anterior había llegado al fuerte un galeón galo y se había quedado cuatro días sobre la barra, sin poder entrar por ser el viento contrario. Después vino un golpe de viento que lo llevó de allí, y tratando de entrar en el puerto de Santa Elena se había perdido en la barra. Toda la tripulación había efectuado su escape con todas sus ar-

mas y municiones. Fueron los piratas náufragos al sitio de la villa quemada y encontraron la artillería de los españoles, la que al punto echaron toda al mar.

Los indios al principio entendían que eran españoles y les hicieron guerra, pero al saber que eran franceses y amigos les mostraron mucha simpatía.

En vista de que su cédula le mandaba fortificar a Santa Elena, así lo hizo Marqués, preparando toda la madera de antemano que debía usarse en la reconstrucción del fuerte. Inició, pues, este trabajo a cincuenta pasos del monte, porque para indios no había mayor defensa que el campo raso. Por medio de espías trataron los enemigos de averiguar el número de soldados que tenía Marqués consigo, pero no llegaron a determinarlo.

Avisó al Rey que los dos fuertes no podían resistir al enemigo sin tener por lo menos trescientos soldados, y que necesitaban muchos bastimentos porque no les era posible labrar la tierra a más de doscientos pasos del fuerte, por ser muy peligrosa la tarea, estando tan cerca el monte infestado de indios. Dijo que en el fuerte había cuarenta y cuatro mujeres, sesenta y dos niños y "once mujeres preñadas para parir", o sean ciento seis personas que pedían pan o tierra llana que pudieran cultivar, pero que de su Majestad no tenía orden para darles alimentos. ¿Qué haría en tal caso? Añadió que les repartía a todos raciones, y que sólo Dios sabía lo que le costaba de su pobreza. Rogó que el Rey les auxiliara sin demora, pues de lo contrario perecerían.

También le parecía forzoso que, si la tierra había de

estar poblada, él que tenía el Adelantamiento de la Florida también debiera tener el gobierno de Cuba. Si el gobernador de Cuba lo fuera de la Florida, cada dos meses vendría una fragata y así se sabría lo que pasaba. Si la condición hubiera sido así antes, el rey, desde tan lejano lugar como lo era España, no habría tenido necesidad de lamentar la pérdida del fuerte.

Arguyó Pedro Menéndez Marqués por el precio de las provisiones elevadas allí desde la Habana, y pidió que le fuesen construidas dos fragatas, porque en el primer año podría ahorrar casi lo que costaban, por ser tan caro el traer provisiones desde la Habana, utilizándolas después por muchos años.

VIDA SOCIAL



En vista de que el poblado de San Agustín era en realidad presidio, no existía una clara línea de demarcación entre los elementos civiles, religiosos y militares, manteniéndose siempre un ambiente distintamente militar.

A pesar de su aislamiento geográfico y del hecho de que la mayoría de sus pobladores eran miembros de la guarnición, San Agustín no era más que un campamento armado. Se apreciaba un sorprendente ambiente de vida doméstica normal, porque muchos de los soldados habían traído a sus familias consigo y eran pobladores permanentes de la colonia. De hecho, casi todos los españoles en la Florida, con excepción de los franciscanos en las misiones, después del abandono de Santa Elena en 1587, vivían en San Agustín.

Durante la historia de San Agustín, desde la primera expedición de Menéndez en adelante, siempre había mujeres de la sangre de Castilla y Aragón en la colonia, aunque, como era el caso en otras fronteras en la historia americana, el número de ellas era mucho menor que el de los hombres. Casamientos entre españoles y mujeres indias, cosa más o menos común, ocurrían con menor frecuencia que en otras partes de Nueva España y Tierra Firme. Las familias por lo general eran numerosas, componiéndose éstas de diez hasta quince niños; pero era también grande la mortandad, y por esa razón durante casi un siglo no hubo aumento apreciable en la población.

Las casas de los primeros pobladores, hasta las mejores de ellas, eran sencillas y a menudo incómodas, y, debido a la necesidad de vivir tan cerca del fuerte como fuera posible, se construyeron muy cerca unas de otras, habiendo así poco terreno entre ellas.

Después de trasladar el poblado en el año 1574 al sitio en donde ahora se encuentra, y después de la cédula real que tenía que ver con el trazado de futuros poblados españoles en Nueva España y las demás colonias, iba adoptándose el plan de la comunidad sistematizada, llegando a tener los vecinos menos relaciones con el fuerte y la guarnición. El arreglo de pormenores, como la situación del poblado con relación a la bahía, manzanas y solares regulares, ubicación de la plaza central, edificios públicos, iglesias y palacios de gobernadores, todos fueron determinados de antemano por dicha cédula.

Al principio fueron hechas las casas de madera conforme lo aprendieron los españoles de los indios; los techados de mucha corriente (o parados) fueron bardados con palma y les servía de piso la tierra arenosa. Con el tiempo llegaron estas estructuras a tener una forma más permanente, siendo las paredes construidas de materiales más sólidos y gruesos, tales como el barro y la coquina. Casi siempre tenían esas casas una forma rectangular, y si había entrada al segundo piso siempre se alcanzaba por medio de una escalera de afuera. Las cocinas no estaban dentro de las casas sino en el patio, detrás de ellas.

Desde la construcción del Castillo de San Marcos, a principios del segundo siglo de la ocupación, esa piedra que se llama coquina, que se había usado en la construcción de la gran fortaleza, comenzó a utilizarse en la edificación de casas privadas, tanto como en los edificios públicos. Este material se forma de mariscos pequeños que se pegan como si fueran cementados, y puede explotarse como cualquier piedra. Al sacarse de la tierra está plástica, pero

al ser expuesta al aire se endurece. Debido a su gran peso no podía transportarse muy lejos en tiempos coloniales, y así no se usaba extensivamente en otras partes de la Florida; pero llegado el año 1763 se veían contruidos de coquina casi todos los edificios públicos y privados de San Agustín.

Mientras crecía la ciudad, se notaban características que se conservan hasta hoy día; casas apretadas con puertas que dan directamente a la calle, cosa que no se ve en ninguna otra ciudad de los Estados Unidos; ventanas con cerradores y con pequeños vidrios rectangulares y mal formados; balcones que sobresalen por encima de la calle, aumentando así su angostura; patios graciosos encerrados con muros altos de coquina, dentro de los cuales había toda clase de flores, enredaderas, arbustos y árboles semitropicales que florecen tan frondosamente allí.

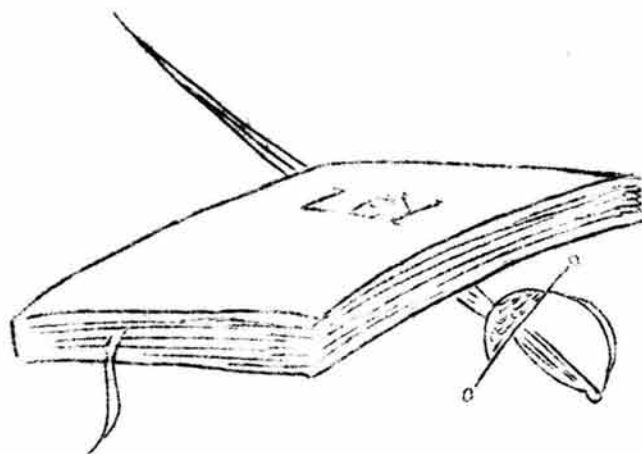
En el medio que existe hasta hoy día en San Agustín, no sería difícil imaginarse el drama y color de aquel período romántico, cuando, por ejemplo durante los días de fiesta, estaban las calles apiñadas de españoles de toda edad y clase, vestidos de gala; los hombres escandiendo sus guitarras, las mujeres ataviadas de vivos colores, mantillas exóticas y mantones de encaje; los niños apiñados para oír la música y mirar las danzas de gesta, que siempre eran una parte de las fiestas.

Había también ocasiones más solemnes, cuando largas procesiones de dignatarios de la iglesia desfilaban por las angostas callejuelas de la villa. Tales sucesos habían sido una parte de la vida de la comunidad desde los primeros días de su existencia. Y la

presencia continua del soldado armado sumaba color y viveza al drama de la vida colonial.

Naturalmente, esta vida tan encantada era turbada fácilmente por los ataques que sufrían, tanto de los naturales como de los piratas. Era frecuentes estas incursiones repentinas, siendo constante el temor a los ingleses después de la mitad del Siglo XVII. Muchas veces los pobladores se veían obligados a dejar sus casas y ampararse al abrigo del fuerte, desde donde miraban al enemigo cometer los más despiadados vandalismos, quemando por añadidura sus posesiones.

VIDA POLITICA



(1) Desde un principio se consideró a la Florida como dependencia fronteriza de la Nueva España y bajo la jurisdicción general de México. Pero a causa de su posición geográfica, por más de un siglo después de su establecimiento era casi una colonia independiente. Sin embargo, durante el segundo siglo de su existencia, se sometía gradualmente a la jurisdicción del gobernador de Cuba, y durante el último período (1785-1821) tal fue su estado legal.

Como jefe de la poderosa jerarquía sirvió el Rey mismo, y con los avisores sobre asuntos coloniales constituyeron el Consejo de Indias. Este Consejo amoldó la política de las colonias, ejerciendo supervisión sobre los problemas más minuciosos de la gobernación local, hasta de los poblados más remotos en el Nuevo Mundo. Estando México tan lejos de la Florida, era más fácil tratar directamente con éste en vez de recurrir al Virrey.

Naturalmente se interesó el Virrey de México en la seguridad de las flotas españolas que velaban las aguas de la Florida, y en la paga anual del situado; pero lo que más le llamó la atención durante el primer siglo después del establecimiento de San Agustín - era la costa del golfo extendiéndose desde la Bahía de Apalache hasta el río Misissippi, el mando de la cual era de suma importancia para México. Cuando los franceses a fines del Siglo XVII invadieron este territorio y comenzaron a radicarse junto a la desembocadura del Misissippi, investigó el Virrey sus actividades, enviando después una expedición que fundó luego el poblado de Pensacola. Mas su motivo al hacer esto era la protección del comercio de España en el mar Ca-

(1) Woodbury Lowery - Spanish Settlements.

ribe, más bien que un interés directo para con la Florida.

De suma importancia para la Florida en las agencias con el gobierno de Nueva España fue la Audiencia de Santo Domingo que avisaba al Virrey acerca de problemas generales de política y que sirvió como tribunal de apelación de las provincias. Fue establecida en 1511 muchos años antes de la creación del virreinato en México, y había sido por mucho tiempo la agencia principal para la administración de asuntos coloniales en el Nuevo Mundo. Aún después del establecimiento del sistema virreinal, siguió desempeñando un papel importante, teniendo la jurisdicción de "visitas" y "residencias" y, como tribunal de apelaciones repasó los testimonios y conclusiones en estas investigaciones, tocante a la conducta oficial del gobernador y los demás oficiales locales del imperio español.

Además del Consejo de Indias, había otro instrumento de administración directamente ligado con el gobierno real de España; la Casa de Contratación que desempeñó un papel importante en el desarrollo de las actividades coloniales en el Nuevo Mundo. Puesto que la expansión colonial no podía seguir indefinidamente a menos que las colonias produjeran riquezas suficientes para sus propias necesidades y a la vez fueran provechosas para España, era la función de la Casa de Contratación obtener ese resultado. Y aunque al principio se dedicó a los asuntos económicos casi por completo, con el tiempo empezó a inmiscuirse en asuntos de naturaleza política o religiosa, y así ejerció una influencia poderosa en el desarrollo de las colonias.

El Adelantado Pedro Menéndez de Avilés, durante sus primeros años en San Agustín, estableció un concilio o cabildo com-

puesto de los pobladores principales de la colonia, y a pesar de que el gobernador escogió a sus miembros sin considerar el consentimiento de los demás pobladores, era la intención que representara los intereses de la comunidad. Así vemos que había un espíritu incipiente de la democracia en aquel entonces.

La mayoría de los primeros gobernadores de la Florida eran hombres precavidos y capaces, posesionados algunos de ellos de un alto grado de habilidad. Rara vez excedía el período de gobernar a seis años, y al fin de éste tenían que hacer frente a las investigaciones llamadas "residencias". Cuando se sospechaba de algún fraude a la hacienda real, o cuando habían maltratado a los habitantes de la colonia, ya podían esperar la llegada del "Visitador". Este solía citar testigos que, bajo juramento, relataban lo que había pasado. Por esta razón los gobernadores, anticipando lo que les esperaba, acostumbraban hacer favores a los colonos, evitando el descontento. La "visita" así tendía a aumentar la influencia del poblador, pero a la vez suprimía cualquier inclinación que tuviera el gobernador para tratar con parcialidades, sabiendo él que los culpables lo tendrían que delatar cuando llegara el "Visitador."

Los tres oficiales civiles más importantes de la colonia eran: el tesorero, el contador y el factor. Un cuarto oficial era el escribano y un quinto el piloto mayor. Un oficial militar de importancia era el sargento mayor que tenía el mando de la infantería y que se hacía gobernador, según la cédula real de 1658, en la ausencia de éste.

VIDA RELIGIOSA



En el año 1549 recibió la Florida su primera empresa misionera, cuando llegó el buen padre franciscano Fray Luis Cancer de Barbastro acompañado de cuatro monjes y un converso de la Florida, llamado Magdalena. Había pasado Fray Luis Cancer unos quince o veinte años en la obra misionera antes de venir a la Florida, y había tenido gran éxito con los indios de Guatemala, la conversión y transformación de los cuales le inspiró a pedir permiso al Rey que le permitiera trabajar entre los naturales de la península. Los padres mandaron al piloto Juan de Arana que no se acercara a lugares en donde habían estado los españoles anteriormente.

Desgraciadamente por ignorancia o por desobediencia, ancló Juan de la Arana en la vecindad de la Bahía de Tocabaga (Bahía de Tampa), según el Doctor Shea. Saltaron a tierra los padres Diego, Fuentes y Magdalena y fueron recibidos amigablemente por los indios. Obtuvieron el permiso para quedarse en tierra e ir a pie hasta un puerto donde esperarían la llegada del barco. Siguió éste a lo largo de la costa, deteniéndose de vez en cuando para comunicar a los indios que los padres habían sido llevados a ver al cacique. Todo les parecía bien, cuando de repente llegó la noticia de que estaban muertos todos los padres. A pesar del peligro decidió Fray Luis de Cancer desembarcar y establecer su obra, precisamente en el lugar en que habían muerto sus amigos. Pasó el día escribiendo cartas y acabando su diario, y entonces bajó a tierra; pero tan pronto como llegó a la ribera, lo atacaron los indios, matándolo. Así fracasó el primer intento de conquistar a la Florida por la paz, más que por la fuerza. (1)

(1) Woodbury Lowery - Spanish Settlements, p. 417.

Más tarde establecieron los jesuitas misiones en los siguientes lugares: Bahía de Tocabaga, en la tierra de Carlos (San Antonio 1567) Tegesta (Miami) 1567, Santa Lucía (West Palm Beach) 1567, Ays (cerca del cabo de Cañaveral) 1567, San Agustín 1565, San Mateo 1565, Santa Elena Guale y dos misiones en la Bahía de Santa María (Chesapeake Bay) 1570.

Después de la salida de los jesuitas, empezaron a establecerse los franciscanos a lo largo del camino del Apalache y en la costa desde Santa Lucía (W. Palm Beach) hasta San Jorge (Charleston).

La siguiente tabla muestra la fuerza relativa de soldados y misioneros durante varias eras de la historia del primer período de la ocupación española,

<u>Año</u>	<u>Soldados</u>	<u>Misioneros</u>	(1)
1565	Más de 500	Menos de 10	
1568	Más de 500	Menos de 15	
1578	Calculado 275	Menos de 6	
1597	Calculado 250-275	Calculado 14	
1602	Calculado 250-275	6	
1610	Calculado 150	Calculado 20	
1646	Calculado 150	Calculado 43	
1659	Calculado 220	Calculado 60	
1680	Calculado 290	Calculado 90	
1738	Calculado 400	Calculado 24	

La famosa historiadora de la Florida, Jeanette Thurber Connor, bajo el título de Archivo General de Indias, escribe lo si-

(1) Defense of Sp. Florida - Chatelain - Opendice.

guiente:

"Los más interesantes de los legajos en la lista son, naturalmente, los que contienen las cartas de los virreyes, los gobernadores, los oficiales reales y los frailes. En los registros de la Florida, los gobernadores critican a los frailes franciscanos y los frailes critican a los gobernadores, y los oficiales reales sostienen un partido u otro, conforme a sus propios intereses o simpatías. La historia temprana de la Florida es la antigua contienda de iglesia y estado."

Pero a pesar de las contiendas entre los franciscanos y los gobernadores, hay que confesar que era de gran importancia el establecimiento de las misiones, porque influyeron no solamente en la vida religiosa de la colonia, sino también en la vida social económica, la naturaleza de sus defensas y su política agrícola.

Para apreciar más cabalmente la posición de la iglesia en la Florida, hay que entender primero la naturaleza del pacto que existía entre ella y el Rey de España, un acuerdo bien expresado por el término "patronato real". Por su prenda al pasado, su Majestad - suscribió las muchas actividades de la iglesia y garantizó que éstas serían llevadas a cabo con todo rigor.

Además de las ventajas espirituales que recibió el monarca, había ciertos beneficios temporales de que gozaba. Por ejemplo, el patronato real dio al Rey el privilegio de nombrar los oficiales de la iglesia. Esto hizo al Rey jefe supremo de la iglesia, así como del estado en la Florida.

Los franciscanos comenzaron sus actividades misioneras en unos pocos sitios aislados antes de la salida de los jesuitas, pero al partir éstos llegaron más franciscanos, determinados a establecerse por todas partes. Iniciaron la obra con apenas media docena de frailes; pero siguió aumentando el número hasta que alcanzó su máximo de cincuenta. Con esta pequeña organización mantuvieron los franciscanos más de cincuenta misiones llamadas "doctrinas" o centros principales.

Aunque los franciscanos eran amigos de la pobreza en otros países, y sostenidos por limosnas, en la Florida estaban incluidos en la dotación y recibieron su porción del estado. Por esa razón, a medida que aumentaba el número de frailes, crecía el odio y celos de los gobernadores, en vista de que les era necesario proteger la provincia contra los ataques de los indios, piratas, etc., y además, un fraile recibía de la dotación igual cantidad de alimentos que un soldado. En su defensa dijeron los franciscanos que su obra entre los indios los hacía indispensables para la seguridad de la colonia y que, como instrumentos de defensa, eran más eficaces que los mismos soldados. Y en esta posición quedaron sostenidos por el gobierno real durante el primer siglo de la ocupación.

La iglesia en la Florida se vio bajo el mando del obispo de Cuba que vivía en la Habana, mas como era difícil y peligroso viajar, sólo dos obispos la visitaron durante el siglo después de la muerte de Pedro Menéndez de Avilés. La primera de éstas ocurrió en 1606 y la segunda en 1674, hechas por los obispos Altamirano y Calderón respectivamente. Estos escudriñaron cuidadosamente las condicio-

nes existentes en la colonia, y en particular lo relacionado entre la iglesia y el estado que cada día iba de mal en peor.

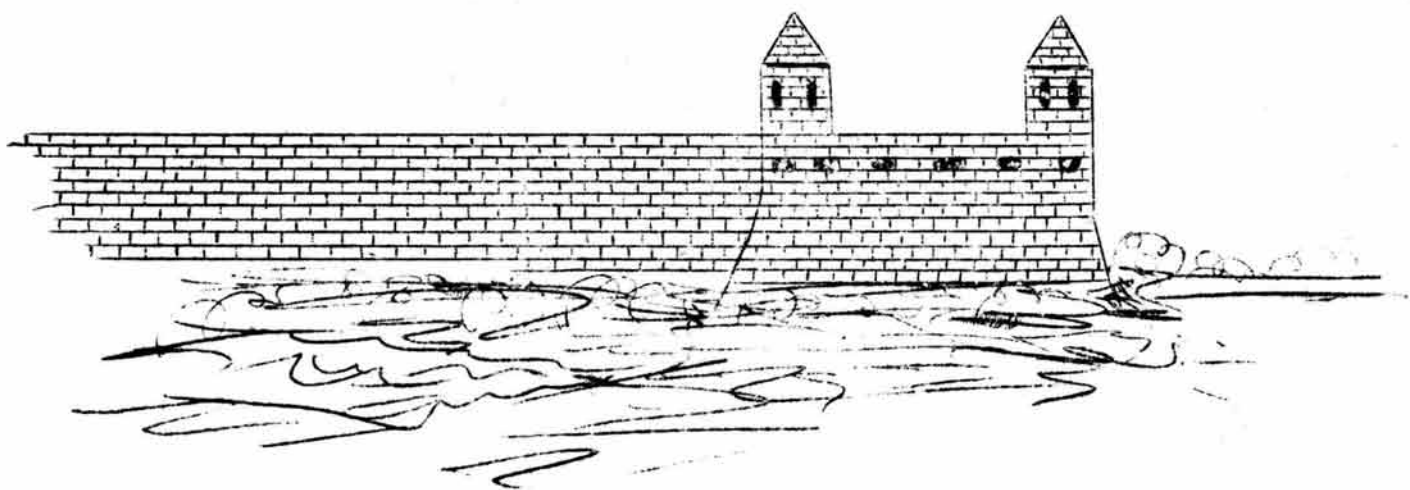
Por el año 1597 se había establecido una línea de misiones extendiéndose desde San Agustín hasta Santa Elena (Savanna, Georgia), una distancia de 200 millas, y parecía que iban a lograr los blancos propuestos en cuanto a la conversión y educación de los indígenas, cuando de repente se sublevaron los de Guale y empezó la rebelión que culminó con la destrucción completa de cada misión al norte del río de Santa María. Murieron atormentados cinco frailes durante la insurrección, y muchas son las historias de heroísmo que se cuentan de ese entonces.

El año 1592 presencié la llegada de doce frailes franciscanos, uno de ellos mexicano, el Padre Francisco Panja, escribiendo más tarde su "Compendio de Doctrina Cristiana", primera obra compilada en lengua indígena dentro de los Estados Unidos actuales. Otras misiones fueron establecidas por los padres Corpa y Blas de Montes. Uno de los conversos de Corpa era el joven cacique de Guale, a quien tuvo que censurar públicamente. Esto lo hizo resentirse un poco y, regresando más tarde con sus guerreros, dio muerte al padre Corpa. Entonces determinó matar al padre Montes también. Lo encontró en la capilla, llevando los vestidos sagrados, y, a pesar de sus razones y súplicas, lo mataron a garrotazos mientras se arrodillaba delante del altar, pidiendo a Dios que perdonara a sus asesinos.

La obra de los misioneros en la Florida se vio caracterizada por la misma abnegación y devoción a los ideales que la del suroeste y California. Solían recorrer el monte solos y sin protec-

ción. Los franciscanos prestaron incontables servicios, edificando algunas de las primeras iglesias en lo que es ahora los Estados Unidos, dominando los idiomas indígenas, recopilando los primeros diccionarios basados en los dialectos nativos; desempeñando el puesto de maestros, etc. En todo sentido de la palabra fueron ellos la vanguardia de la civilización. Fueron ellos quienes primero dieron con los ingleses que avanzaban hacia el sur; ellos, que resistieron la avanzada con todo vigor hasta que tuvieron que rendirse delante de la triple combinación de oro, aguardiente y armas, que distribuyeron los comerciantes ingleses entre los salvajes. Su sistema, llevado hasta el máximo, contó con más de 25,000 conversos (nominales) indios.

IMPORTANTES SUCECOS HISTORICOS
DESDE 1578 - 1819



En 1578, menos de un año antes de la construcción del quinto fuerte en San Agustín, llegó el visitador Alvaro Flores. Se mostró complacido del Gobernador Pedro Menéndez Marqués y de la condición en que halló a San Agustín, por lo que informó al Rey que todo marchaba bien. Concordó con el gobernador en hacer planes para la construcción del quinto fuerte, lo cual describió Gutierre de Miranda cerca de seis años más tarde como desmoronadizo: "un almacén de ratones". El sexto fuerte estaba en estado incompleto cuando el pirata inglés Sir Francis Drake, acompañado de más de 2,000 soldados, 23 barcos de guerra y 19 auxilios, apareció a la barra. Marqués lo estaba esperando, habiendo oído de su saqueo a Cartagena, y había mandado a los no combatientes al monte. A pesar de sus precauciones, el fuerte de San Agustín era insuficiente para resistir a la poderosa armada inglesa. Los españoles lograron detener al enemigo por algún tiempo, mas luego tuvieron que retirarse, ante la fuerza superior de sus enemigos, abandonando el fuerte y el pueblo a los piratas, que lo saquearon y quemaron.

Todos los gobernadores pidieron la construcción de una fortaleza de coquina, pero la vacilación del Rey y la falta de interés de los virreyes de México constituyeron un obstáculo insuperable. La condición decadente en el año 1653 de la colonia puede entenderse, sabiendo que los soldados tuvieron que salir a los campos en busca de raíces que comer. Cuando Don Diego de Robelleo fue nombrado gobernador en 1655, las condiciones no habían mejorado. Además de las perplejidades inherentes a la colonia, recibió la noticia desconcertante de que los ingleses habían tomado Jamaica, los holandeses habían visi-

tado el fuerte fronterizo en donde los pobladores padecían de viruela, todos los negros habiendo ya muerto, y los demás pobladores estando locos por el hambre.

En 1665 el noveno fuerte estaba casi en ruinas y el gobernador Francisco de la Guerra y de la Vega tuvo que acudir a la indeseable costumbre de trabajos forzados, pero los indios, no pudiendo soportarlo más, se sublevaron. A pesar de las protestas vigorosas de los misioneros, el gobernador, al apresar a los instigadores, los mandó atormentar y matar, acción que por cierto en nada aumentó "el amor del indio para con el español".

El ataque del pirata inglés Robert Searle vino sin advertencia ninguna. Un navío de bastimentos y un bergantín que iba desde Matanzas rumbo a la Habana, fueron capturados por el pirata y traídos al puerto de San Agustín. Acudió el inglés a una estratagema sutil. Hizo a los tripulantes de los barcos prisioneros aparecer en la cubierta como si nada hubiera sucedido, y pidió al piloto que se acercara. Cayó éste en la trampa y fue hecho prisionero. Entretanto no sospechaban nada los habitantes, creyendo que sólo esperaban los barcos un viento favorable para entrar en el puerto, y se acostaron como de costumbre, felices, pensando que por la mañana iban a tener las provisiones que tanta falta les hacían. A media noche, mientras dormían tranquilamente los inocentes, lanzó el sanguinario pirata su ataque. Mató a sesenta españoles y se dio al pillaje más vergonzoso, haciéndose a la vela a toda velocidad. Se llevó toda cosa de valor que encontró.

En su informe dado al Rey sobre este suceso, dice Juan

Menéndez Marqués que había averiguado que los ingleses pretendían regresar más tarde y llevar a cabo la conquista de la fortaleza, sabiendo que, con la posesión de aquel sitio estratégico, podían capturar fácilmente a cualquier barco que intentara pasar por el estrecho canal de las Bahamas. Esto, con la noticia del establecimiento de una colonia inglesa en San Jorge (Charleston), indujo a los indolentes de la corte real española para que se procediera a la construcción de una gran fortaleza de piedra en San Agustín.

Entretanto, España se ve mezclada en una guerra continental y se obliga a firmar un tratado en que tuvo que ceder a Inglaterra todo el territorio al norte de una línea trazada rectamente al oeste, desde el antiguo sitio de Santa Elena. Así por primera vez queda limitada la frontera septentrional de la Florida, y esto con el consentimiento del monarca mismo. España había perdido la primera fase de la batalla, sin oponer resistencia alguna en el Nuevo Mundo. (1)

Los años desde 1672 hasta 1687 eran memorables en la historia de la Florida. La fundación de Charleston trajo la "edad de piedra" a San Agustín, y este soñoliento y viejo poblado despertó, se restregó los ojos, se animó y comenzó a llevar una vida nueva y de éxito.

Con el tiempo, no obstante, nuevos problemas comenzaron a surgir: vacilaciones, perfidias y descontentos. A medida que los ingleses se extendían hacia el Sur, los indios cristianos se vieron acosados y obligados a buscar abrigo bajo los cañones del Castillo de San Marcos. Aunque las autoridades de San Agustín los recibieron

(1) Defense of Sp. Florida - Chatelain.

amigablemente, notando entre ellos un buen número de esclavos negros escapados de sus amos ingleses; este incremento inesperado era a la vez algo desconcertante, porque no tenían ni alojamiento ni alimentos, los cuales tendrían que ser provistos de los escasos bastimentos del fuerte. También se veía la necesidad inmediata de construir lugares en que pudieran vivir. Se había comprobado que la fortaleza no era suficiente protección para los pobladores viviendo afuera de sus muros, como se notó en los ataques de los piratas cuando quemaron a voluntad las casas del pueblo. Así era evidente la necesidad de levantar más fortificaciones para la defensa de la ciudad misma, empresa penosa, costosa, y de larga duración, pero necesaria si tendrían que evitar la repetida destrucción de sus casas, huertas y terrenos cultivados.

Para proveer abrigo a los indios y negros, los españoles les ayudaron a construir el fuerte de Mosa, al norte de San Agustín, en el cual hallaron asilo los refugiados hasta su toma por el Coronel Palmer en 1740. Poco más tarde los españoles lo recapturaron, vengándose al desnudar a veinte ingleses que cogieron, echando los luego a la mazmorra de San Marcos.

En 1702 una armada de navíos franceses y españoles atacaron a la villa de Charleston, pero no lograron tomarla. En represalia sitió el gobernador de Sud Carolina, James Moore, a San Agustín por mar y tierra, por espacio de tres meses. Fue ayudado por 600 indios Ymasee, mas no logró tomarlo, y al ver acercarse dos barcos españoles, se retiró.

En 1719 los galos, enemigos ahora de España, ataca-

ron y destrozaron el fuerte de San Carlos construido en Pensacola - en 1698, y tuvieron que transcurrir cuatro años antes de que los españoles lograran reedificarlo.

El año 1725 ve otro atentado contra San Agustín, de parte del Coronel George Palmer. Fracasó su ataque. Fue muerto el coronel más tarde, cuando en 1740 los españoles volvieron a tomar la fortaleza de Mosa de Georgia, el general James Oglethorpe, quedó - chasqueado en su sitio de San Agustín. Pero estos ataques tienen su efecto desastroso sobre el ya decadente imperio colonial de España, y de repente cae la Habana en manos de los ingleses en el - año 1762. Por provisión del tratado de París en 1763 pasó la Florida al mando de Inglaterra, quedando así la Habana nuevamente en - poder de los españoles.

Los pobladores de Pensacola fueron a Veracruz y los de San Agustín a la Habana. Así, cuando llegaron los británicos no encontraron más que cinco personas que no lograron embarcar. La - colonia prosperó bajo los ingleses y miles de "loyalists", huyendo de sus hermanos rebeldes al norte, encontraron amparo allí. Pero - en 1781 capturaron los españoles al puerto y poblado de Pensacola y, dificultades con los Estados Unidos hizo creer a Inglaterra que no le era posible guardar a la Florida, siendo ésta tan vulnerable, y la devolvió otra vez a España en 1783. De los 15,000 ingleses - que había, la mayoría fueron a las Bahamas, Jamaica o algún estado americano.

Pero el negocio resultó sin provecho para España. - No querían los españoles regresar a ella y, como resultado, los -

oficiales invitaron a cualquier persona a radicarse allí, estipulando que tendría que rendir pleito homenaje al Rey de España. Thomas Jefferson, miembro del gabinete de los Estados Unidos, escribió a Washington: "Ojalá que 100,000 de nuestros ciudadanos aceptaran. Es posible que así se evitara una guerra."

Al verse inminente la guerra de 1812, el presidente James Monroe dio unos pasos para prevenir la captura de la Florida por los ingleses, mandando al General George Matthews a Fernandía a fomentar una rebelión de patriotas. Dos cientos de estos patriotas así llamados bajo el mando de John Mc Intosh, obtuvieron la rendición de San Agustín sin derramamiento de sangre, y la república de Florida fue proclamada bajo una bandera blanca llevando la figura de un hombre con bayoneta calada con la inscripción: "Salus Populi--Suprema Lex." Pero, debido a las protestas vigorosas de España e Inglaterra, los "patriotas" salieron y Fernandía volvió a hacerse española.

En 1817 un joven escocés, Gregor Mc Gregor, ancló en el puerto de San Agustín con cinco barcos y la guarnición española se rindió. Formó un gobierno ayudado por hombres de las ciudades de Savanna y Charleston, pero al aparecer los españoles con refuerzos, decidió retirarse.

El próximo aventurero que llegó a San Agustín era un pirata de sangre francesa que arribó unas pocas semanas más tarde con 13 barcos, y los españoles, tan acostumbrados a rendirse sin oponer resistencia o sin saber por qué, salieron de la fortaleza y vieron sorprendidos al francés tremolar la bandera de México en cu

yo servicio había actuado como primer gobernador de Texas. Pronto cambia este drama y ante la vista de la atónita guarnición española aparece un buque de guerra norteamericano y el pirata Luis Aury se aleja para no aparecer nuevamente en la historia de San Agustín.

En 1814 los españoles permitieron a los ingleses desembarcar en Pensacola para adiestrar a los reclutas indios Seminoles en la plaza mayor. Los británicos edificaron un fuerte para éstos y los Maroons y lo abastecieron. Esto inspiró al General Andrew Jackson a invadir la Florida y arrojar a los ingleses de Pensacola.

Dos años más tarde regresó el General Jackson y mandó al General Duncan Clinch que atacara al fuerte de los negros e indios y lo destruyera devolviendo aquellos "niggers" a sus amos legítimos. Lo sitiaron por cuatro días y por casualidad una bala de cañón cayó en el polvorín y, reventando, hizo pedazos a todos los defensores salvo unos cuantos que fueron colgados como jefes y cabos de la sublevación.

Reconociendo España al fin en el año 1819 que no podía retener más a la Florida, y gobernarla de una manera que complaciera a los Estados Unidos, y deseosa, tal vez de aliviarse para siempre de este verdadero problema, con un suspiro de alivio entregó a los Estados Unidos su tierra florida, sus pantanos, sus indios, sus problemas y sus posibilidades. (1)

(1) Palmetto Country - Kennedy.

VIDA ACTUAL



Un estudio histórico sobre la Florida resulta sumamente interesante al ciudadano actual del estado, quien puede comparar fácilmente las ciudades, habitantes, productos y problemas modernos, con los de antaño. Algunas condiciones han cambiado por completo; otras no. Cuando el náufrago Fontaneda describió en sus memorias a los naturales, dijo que no tenían oro, plata muy poca, y mucho menos vestido. (1) Condición que existe actualmente, porque cualquier día se puede comprobar esto con sólo estacionarse un momento en la calle principal de Miami y observar los transeúntes. Si andaba la mujer Caribe desnuda, casi lo mismo puede decirse acerca de la Venus moderna; y los hombres de ahora reaccionan como los de aquel entonces. La naturaleza humana no ha cambiado mucho durante cuatrocientos años.

A lo largo de la costa navegan los barcos pesqueros que de una manera u otra evitan los escollos con más éxito que los de sus precursores, los primeros exploradores españoles. No es que sean más avezados estos marineros actuales, sino que disponen de motores auxiliares, poderosos, que los hacen capaces de luchar contra los temporales que son más que simples velas y fuerza bruta. La flota pesquera entrega diariamente toneladas de pescados; truchas, macarelas, guauchinangos y camarones, a los compradores que, a su vez, los revenden en los grandes mercados nortefños. El Cabo de Canaveral, testigo mudo de numerosos naufragios desastrosos en los tempranos tiempos, hoy es lugar favorito de pescadores aficionados que, habiendo escapado por un tiempo a la vigilancia de sus esposas, se entretienen pescando y olvidando los pesares de la vida.

(1) Memoir of Fontaneda - Smith

Si el viejo Adelantado Pedro Menéndez de Avilés despertase de su largo sueño, podría reconocer a San Agustín a pesar del transcurso de los años, porque allí está exactamente donde lo fundó, y allí está también el gran fuerte que soñaba construir, — justamente en el sitio que él mismo hubiera escogido. Sí, los viejos españoles reconocerían a San Agustín y ¡con cuánto interés visitarían las excavaciones de ruinas llevadas a cabo por la Sociedad Histórica de la Florida! Bien podemos imaginarnos lo que diría el viejo gobernador Cabrera, por ejemplo, al mirar las ruinas de un fuerte construido en sus días: "¡Caramba! ¡Les dije que ubicando el fortín allí no duraría! ¡Pedazos, nada más pedazos!"

Una amplia red de carreteras y ferrocarriles se extiende por todas partes del Estado y hace fácil la comunicación — con las regiones más remotas. Pasa por San Agustín una de las mejores carreteras del Estado y, paralela a la playa, alcanza las — antiguas provincias de Ays y Tequesta, mejor conocidas ahora por — los nombres de West Palm Beach y Miami. El "indio" moderno espera allí la llegada de su víctima, que, huyendo de las inclemencias del invierno norteamericano, de repente se halla en las crueles garras de su "verdugo" quien lo lleva a su "motel" corte de turistas u hotel, y allí lo esquilda a su gusto. Durante los meses invernales sigue esta caza legítima de norteamericanos, y de esa manera labran muchos una — vida lucrativa. La guerra, por más desastrosa que fuera, trajo muchas industrias importantes a Miami, las cuales proveen trabajo a — miles de obreros. Esto ha tendido a estabilizar la situación económica y a ponerla sobre una base más segura.

Las carreteras modernas cruzan ciénagas, pantanos, ríos, lagos y bosques, sin permitir su avance por cualquier obstáculo. Muchos de los 30,000 lagos han sido desagüados, y sus ricas - tierras producen legumbres finas que gozan de buena acogida en los mercados septentrionales cuando Nueva York y Chicago, debajo de un manto de nieve y hielo, tiritan del frío.

Sí, la Florida se está civilizando. Los edificios, parques, caminos, aeropuertos, escuelas y hospitales, todos dan - testimonio de esto; pero si uno se descuida y da un paso en falso, puede estar seguro que se sumergirá hasta la cintura en las aguas - de los pantanos que todavía abundan por todas partes. Los lagartos y los zancudos, que molestaron tanto a los primeros hombres blancos, todavía circundan las ciénagas, y puede oírse en cualquier noche os cura, el ronbramido del lagarto, cosa realmente inolvidable.

Un pasatiempo favorito de los jóvenes cazadores es el de capturar de noche los pequeños lagartos. Llevan una lámpara - poderosa, la cual enfocan en dirección de donde viene el bramido - del animal, y de pronto, ven los ojos del lagarto brillando como - dos ascuas en la oscuridad. Si los ojos están muy juntos, saben - que es un pequeño y se meten al agua, cuidándose de no perder de - vista los ojos y siguen adelante hasta que lo pueden agarrar por - el cuello y la cola simultáneamente. Es muy interesante y peligroso al mismo tiempo este deporte, porque nadie sabe cuántos lagartos grandes pueden estar escondidos entre la orilla y el animal deseado.

El indigena ya ha desaparecido de los lugares habitado

dos y concurridos por los blancos, pero de vez en cuando sale un grupo de Seminolos de sus jacales en los "verglades" para hacer compras en alguna aldea cercana. No obstante, la mayoría de los ciudadanos actuales de la Florida jamás han visto a indio alguno de los que todavía viven en su estado. En Miami hay un campamento de indios que se llama "Moosa Isle", mas ya han degenerado y parecen más bien un conjunto de pordioseros, pidiendo a los turistas que les den una limosna, etc. La culpa, sin embargo, debe echarse a los blancos que los han explotado, exhibiéndolos como si fueran brutos insensatos.

En las calles de Miami se oyen las voces suaves y melodiosas de Castilla Vieja y en todas las vidrieras de las tiendas principales se ve el aviso de "aquí se habla español". Había un tiempo no muy remoto en que no se oía hablar mucho el castellano en la península, porque casi todos los españoles habían salido de ella cuando fue anexada por los ingleses y no querían regresar cuando España volvió a recuperarla. Pero ahora se ha cambiado la situación y Miami se ha hecho bastante accesible a los latinos que viven en el sur, por medio de los grandes aviones que llegan volando de Sud América, América Central, Cuba y las demás islas del mar Caribe. La Cámara de Comercio de Miami da el informe que arriban más de 900 latinoamericanos diariamente por las vías aéreas. ¡Cómo se restregaría los ojos el Adelantado Pedro Menéndez al ver la facilidad con que viaja la gente desde la Florida hasta la Habana en término de una hora más o menos. Casi quedaría incrédulo al ver a los muchos cubanos que van mensualmente a la Florida para hacer compras, habiendo tenido él que ir a la isla de Cuba para hacerlas. ¡Así cam

bian las condiciones con el transcurso de los años!

En automóvil puede uno recorrer la distancia entre San Agustín y la tierra del Apalache en menos de cuatro horas sin acelerar indebidamente. Para los españoles era cosa de semanas, especialmente cuando los indios estaban dispuestos a interrumpir su viaje. Ahora es posible cruzar aquella tierra de misterio los "Everglades" en menos de dos horas, fenómeno que por el momento dejaría mudo al Adelantado si lo presenciara, pero entonces, volviendo en sí y pensando en sus sueños con las posibilidades inherentes de su tierra amada, gritaría en estentórea voz ¡Hombres! ¡Fijaos! ¿No os lo dije?



BIBLIOTECA SIMÓN BOLÍVAR
CENTRO DE ENSEÑANZA
PARA EXTRANJEROS